

## MISTERIO PASCUAL Y PRESENCIA CRISTIANA EN EL MUNDO (1)

Con las mismas palabras del Resucitado, os saludo, amados hijos, en esta aurora pascual.

Que la paz de Cristo reine en nuestros corazones. El misterio de la Redención, nos llama a vivir plenamente de El. Por eso la Iglesia nos invita a recibirlo. "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna". La liturgia pascual nos exhorta con San Pablo a buscar los bienes del espíritu: "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de lo alto, gustad las cosas celestiales, no las terrenas".

Mi saludo por tanto, es una invitación y un llamado: *vivid en plenitud vuestra vocación cristiana*.

### I.— *Vocación cristiana, vocación de fe.*

Esa vocación nos obliga en primer lugar a creer. El cristiano es un hombre que mira el tiempo a la luz de lo eterno. Lo material a la luz de lo espiritual. Lo humano a la luz de lo divino. No desprecia las cosas terrenas. Conoce el valor del tiempo. Sabe la dignidad de lo humano. Pero todo lo mira, lo juzga y lo pesa en las perspectivas de la fe.

La palabra de Dios ilumina al hombre para hacerlo conocer su origen, su vocación y su destino. Esa palabra ha resonado "muchas veces y de muchas maneras; en otro tiempo a nuestros padres por medio de los profetas, más últimamente nos habló por su Hijo" (2). Esa palabra de Dios está escrita en el Libro Santo; la Biblia. Está mantenida oralmente en la tradición. Ambas expresiones, Biblia y Tradición, están entregadas a la Iglesia, Maestra de Verdad. El Magisterio de la Iglesia hace viva, da eficacia y asegura la integridad de la palabra divina.

El católico, oye a la Iglesia. En la Iglesia oye a Cristo. En Cristo oye a Dios. Es a los Apóstoles, ministros de la palabra, y a sus sucesores directos los obispos, a quienes el Señor dice: "quien a vosotros oye, a mí me oye, quien a vosotros desecha a mí me desecha, el que me desecha a mí, desecha al que me envió" (3).

Por eso, el "justo vive de la fe", ya que "sin fe es imposible agradar a Dios". Esa fe se alimenta en la meditación de la palabra divina, escrita en la Biblia, predicada por la Iglesia, explicada en sus conclusiones practicadas por el Catecismo.

El católico ha de ser un hombre de doctrina. El justo decepciona, dice el Espíritu Santo, "cuando las verdades se disminuyen entre los hijos de los hombres".

En esta Pascua, amados hijos, os invito a robustecer vuestra fe. Estudiad vuestra doctrina. Ahondad sus enseñanzas. Aplicad a la vida sus principios. No seáis los hombres que "giran a todo viento de opinión" como dice S. Pablo. Sed por una fe viva "los espectadores de lo invisible". Abrid

---

(1) Mensaje Pascual a la Diócesis de Talca.

El título y subtítulos son del editor.

(2) *Hbr.* 1, 1 ss.

(3) *Lc.* 10, 16.

los oídos del alma a la palabra de Dios "suave como el silbo del aura". No temamos enfrentarnos con ella. Así; sólo así, daremos a nuestra vida su objetivo, su finalidad y su auténtica dicha, y realizaremos lo que la liturgia de este tiempo pascual suplica: "que entre la variedad de las cosas del mundo, allí estén fijos nuestros corazones donde están las verdaderas alegrías" (4).

## II.— *Vocación cristiana y vida moral.*

Esa vocación cristiana nos obliga, en segundo lugar, a vivir. La palabra de Lactancio en el siglo III sigue teniendo todo su valor: "no hablamos muchas cosas, pero vivimos".

La vocación cristiana, no es el arrellenarse cómodamente en una posición indiferente. Es una milicia, un combate, una superación. Es la eterna lucha entre el bien y el mal, la luz y las tinieblas, el deber y el placer, la verdad y el error.

No cabe un cristianismo de actitudes meramente externas. "El reino de Dios está dentro de vosotros". Llamarse católico es cosa fácil. Lo que importa es serlo de verdad.

Eso exige, ante todo, vivir en gracia de Dios. La realidad sobrenatural del cristianismo, es la de un hombre que vive apoyado en la fuerza de Dios. "Sin mí nada podéis", nos dice Jesús.

No basta ponerse en gracia, un día, una semana, un mes. Hay que vivir en gracia. La vida no acepta interrupción. Esa vida de gracia se guarda observando los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

"Haz esto y vivirás". "Si quieres entrar a la vida, guarda los mandamientos". Dios no se muda. Los mandamientos no cambian. La moral cristiana no varía. El Católico no se fabrica una moral. Ha de adaptar su vida a la moral de Cristo que la Iglesia enseña. Nadie puede decir "tengo mi moral"; no la hacemos nosotros. La moral es la conformidad de nuestros actos con la ley eterna e invariable de Dios.

La moral cristiana abarca todos los actos libres y voluntarios del hombre. La vida pública y la familiar. El trabajo y los negocios. Las actividades económicas y sociales, en cuanto son actos humanos, caen bajo el imperio de la ley moral. Quienes dicen, "la religión no tiene nada que ver con esto" no han comprendido nada de lo que es el Cristianismo. Cristo no vino sólo a enseñarnos a orar; vino a enseñarnos a vivir.

Para vivir la vida cristiana, necesitamos de los Sacramentos, especialmente de la Eucaristía. "Yo soy la vida", dice Jesús. "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna". Sin Eucaristía la vida de la gracia muere. Sin vida de gracia no hay vida cristiana. Sin vida cristiana nuestro cristianismo es muerto.

Los tiempos son difíciles. El paganismo penetra en el campo cristiano. Este paganismo se caracteriza por tres notas; sensualidad, codicia y soberbia. Es precisamente lo opuesto al espíritu cristiano cuyas notas características son: mortificación, desprendimiento, humildad.

Sólo una intensa vida espiritual puede superar este conflicto. Sólo una renovación cristiana puede apartarnos del desastre a que el paganismo actual nos precipita.

Un pueblo que evita o mata a los hijos que Dios le envía, que tolera impasible la exhibición de las peores pasiones en prensa y cine, que autoriza en playas y recepciones la desnudez impúdica de sus mujeres, que en un solo sitio bota en el juego en pocos meses más de 500 millones de pesos

---

(4) Domingo 4º de Pascua.

mientras más de 400 mil hermanos nuestros viven en pocilgas indignas de un ser humano, es una sociedad que ha firmado a corto plazo su sentencia de muerte.

Os repito; sólo una auténtica vida cristiana, de observancia estricta y plena de la moral, de vida interior alimentada por los Sacramentos puede librarnos de una de esas catástrofes históricas, que son el resultado fatal del olvido de la ley santa de Dios.

Con el Apóstol Pablo os renuevo su llamado: "No te dejes vencer por el mal, sino que vence al mal con el bien". "Rechacemos las armas de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz" (5). "Caminad como hijos de la luz".

### III.— *Vocación cristiana y apostolado en el mundo.*

Esa vocación cristiana, nos obliga por último, a actuar.

No somos seres aislados. Vivimos en una sociedad. No tenemos sólo derechos individuales de un mundo en formación. El cristiano busca el cielo, pero vive en la tierra. Cree en la vida eterna, pero sabe que esa vida se merece y logra aquí abajo.

Nuestras creencias han de proyectarse en nuestra acción, individual y social. Quien no actúa en conformidad a lo que cree, termina por creer en conformidad a lo que actúa.

El cristianismo ha de tener una concepción, no sólo de Dios y de la vida espiritual, sino del hombre, del mundo y de la sociedad presente y futura.

Nuestro deber social nos obliga a preocuparnos de la Iglesia, comunidad de los hijos de Dios. A veces nos falta un sentido claro de lo que es la Iglesia. Olvidamos que pertenecemos a Ella como miembros vivientes de un organismo. Olvidamos que las relaciones que nos ligan con la Jerarquía no son ni personales, ni de simpatía, ni de ocasión. Que hay algo más profundo. Es la comunión íntima a Cristo que por la Jerarquía prolonga su enseñanza, su acción santificadora y su gobierno.

Tampoco pensamos bastante en las relaciones que nos unen con los demás fieles. Somos solidarios unos de otros. El sufrimiento de un hermano ha de ser nuestro sufrimiento. El seglar tiene una misión en la Iglesia. Su crecimiento, su futuro, sus problemas, no pueden serle indiferentes. "Sois piedras vivas de un templo espiritual". De ahí que el deber social obliga a todo católico a ser apóstol. Hay que edificar la Iglesia. Hay que extender la Redención. Hay que hacer participantes a nuestros hermanos de las gracias infinitas que Cristo depositó en su Iglesia. El incremento del sacerdocio y la Acción Católica, son dos necesidades vitales de la expansión de la Iglesia. Ante la tragedia del mundo actual no ser apóstol equivale a ser apóstata.

Nuestro deber social nos obliga a interesarnos en el mundo que se forma. Una civilización muere. Un mundo nace. Hay que darle un rostro cristiano. Las tradiciones buenas hay que mantenerlas. Las posiciones ante lo nuevo no hay que rechazarlas sólo porque son nuevas. "Hay que poner el vino viejo en odres nuevos" nos dice el Evangelio. Hay que saber comprender su tiempo y amarlo; de otro modo, no podremos influir sobre él.

Es necesario que la familia sea en verdad la célula primaria de la sociedad. Para esto hay que dar al amor cristiano su significado. Hay que dar a la paternidad su dignidad sublime. Hay que hacer de la familia un

---

(5) *Rm.* 12, 12.

hogar; comunidad caldeada por el amor. La familia requiere un espacio vital. La pocilga inmundada, el cuarto redondo, el conventillo insalubre, son los grandes focos que hacen infructuosa la constitución de una sociedad cristiana. El mirarlos impasible. El tolerarlos como algo necesario. El permitir su permanencia es una afrenta a lo más hondo del sentido de solidaridad cristiana.

El deber social nos pide luchar por una economía humana, al servicio del hombre. El lucro no puede ser la finalidad de la economía sino el consumo. Las necesidades vitales de la población deben ser las que primen sobre todo. La miseria y el lujo no pueden tener cabida en una sociedad cristiana. Las doctrinas sociales de la Iglesia "son obligatorias y necesarias". Nuestra posición en lo social es una consecuencia necesaria de nuestra condición cristiana. Hacer distinciones entre lo religioso y lo social, para aceptar lo primero y rechazar lo segundo, es ponerse fuera del pensamiento católico.

El cristiano es un hombre que construye la ciudad terrestre haciéndola humana. La ciudad eterna, proyectando lo humano en lo divino. Si pide y lucha por el advenimiento del reino de Dios, es para que así como la voluntad divina se cumple en el cielo, así también se cumpla y se realice en la tierra.

Termino, amados hijos, con las mismas palabras con que comencé: "Pax Vobis". La paz sea con vosotros.

Mientras el "Alleluia" pascual resuena, mientras la alegría de la resurrección invade nuestras almas, mientras el misterio de vida nos invita a acercarnos a Cristo, vuestro Obispo, levanta sus manos e implora para todos sin excepción; para los que creen y para los que niegan, para los que perseveran y para los que caen, para los que alientan y para los que critican, pidiendo que la paz de Cristo reine en vuestros corazones, y que la bendición de Dios omnipotente, del Padre, y del Hijo y, del Espíritu Santo descienda sobre vosotros y permanezca para siempre.

—:::—

#### MEDITACION CRISTIANA EN UN 1º DE MAYO (1) (1-V-1951)

**El mundo obrero celebra hoy la fiesta del trabajo.**

Y vosotros lo hacéis en este acto de tanta significación cristiana, cual es el Sacrificio de la Misa ofrecido por todos vuestros hermanos caídos en aras de un ideal de justicia y de redención social.

Yo os felicito por ello.

Probáis así la plena participación que tomáis en los dolores e inquietudes, anhelos y esperanzas de la clase obrera.

Demostráis que vuestros ideales cristianos no os alejan de vuestros hermanos del trabajo; ante bien, os hacen sentir con mayor intensidad sus problemas.

---

(1) E. S., p. 78-90. A los jocistas de Talca. (Los subtítulos son nuestros).

Por eso estoy entre vosotros. Para deciros cómo la Iglesia os comprende y os ama, cómo su doctrina social *necesaria y obligatoria* para todo católico, es el gran grito de esperanza que hay que hacer resplandecer como una aurora, cómo no podéis desfallecer en vuestra gran empresa de redención proletaria, y cómo debéis agradecer al Señor el ser en esta hora histórica los artifices que, con bloques de ideales y argamasa de sufrimientos, estáis construyendo la ciudad del mañana. Quiero, en estos instantes, detenerme en lo que he deseado llamar "meditación cristiana en un 1º de Mayo".

Sé que problemente, más de alguno va a alegar la evocación histórica de esta fecha o el significado que haya querido dársele a este día. No lo desconozco. Pero sé también que sobre eso existe otra realidad que tampoco puedo desconocer; que en el día de hoy, los obreros del mundo recuerdan su solidaridad obrera, y que para que la sientan plenamente es menester que la sientan en cristiano.

Y por eso os hablo.

El 1º de Mayo es una advertencia para todo hombre de sensibilidad social, que lo hace ver que en nuestro mundo actual existe una llaga profunda: la situación inmerecida en que la clase obrera se encuentra.

El problema debe plantearse con claridad. Y de una manera más precisa aún deben plantearse los católicos, ante quienes, con la imperiosa fuerza de un mandato, se levantan los claros principios sociales de la Iglesia y el urgente llamado a ponerlos en práctica plenamente. Esa situación de la clase obrera hay que enfocarla tanto bajo los aspectos económicos y sociales, como psicológicos, humanos y cristianos.

El 1º de Mayo, con todo lo que puedan los exponentes de otras ideologías diversas decir de demagógico o subversivo, me dice, sin embargo, a mí, cristiano, que el sistema económico actual adolece de injusticias profundas.

Me recuerda la palabra de Su Santidad Pío XII definiendo este régimen como:

"Un sistema social que, lejos de ser conforme a la naturaleza, se opone al orden establecido por Dios y al fin que él ha asignado a los bienes de la tierra". (2).

Me hace ver, en medio de su turbulencia, que hay una injusta repartición de las riquezas, que impide al obrero y su familia vivir con aquel bienestar, seguridad, dignidad e independencia en que sean posibles el progreso material de su persona y familia.

El 1º de Mayo, donde entre banderas rojas de revolución se elevan gritos de odio, yo siento que también se levanta otro grito "el de los que tienen hambre y sed de justicia" y escucho resonar en mi espíritu las sublimes palabras del Pontífice actual:

"¿Quién podrá permanecer sordo al grito partido de lo más profundo de la masa, que en el mundo de un Dios justo llama a la justicia y a la fraternidad"? (3).

1º de Mayo, día del trabajo.

Y yo pienso que el trabajo es el elemento humano por excelencia en la empresa. Pienso que Cristo vino a dignificarlo con su trabajo de hombre-Dios. Pienso que esas manos que realizaban milagros y que un día los cla-

---

(2) *Mensaje Natalicio*, 1942.

(3) *Ibidem*.

vos de la Cruz las perforaron, eran manos encallecidas en el trabajo re-  
dentor.

Y pienso en la situación actual del obrero en la empresa, a la cual da toda su vida y su trabajo, permaneciendo como un miembro extraño a ella, sin tener jamás derecho a compartir las responsabilidades y la gestión.

Y pienso que ese conflicto social que hoy divide al mundo en dos fuerzas antagónicas y hostiles, sólo encontrará solución cuando el trabajo sea considerado por patronos y obreros en su sublime dignidad humana y cristiana.

1º de Mayo —Fiesta del Trabajo— Día de la solidaridad obrera. Para mí es ésta una fecha de meditación angustiosa. Mi deber social de cristiano grita una vez más en mi conciencia.

Hay, para el católico, en esta materia una posición clara y definida.

Yo he oído decir que estamos ante el dilema "o comunismo o capitalismo". Y yo les digo a los católicos de mi Diócesis que esto es falso, de falsedad absoluta. El cristiano no tiene por qué escoger entre dos materialismos.

Hay un tercer término que ante nosotros se impone como obligatorio: la doctrina social de la Iglesia.

Aún cuando seáis mal comprendidos, como lo ha sido el Papa y lo hemos sido muchos Obispos, tenemos que denunciar al mismo tiempo las injusticias del capitalismo y la perversión del comunismo.

Unos nos llamarán fascistas y otros criptocomunistas.

Nuestra responsabilidad social nos dice que no podemos ser ni lo uno ni lo otro, pero que debemos permanecer íntegros en nuestra absoluta posición cristiana. Y esa posición cristiana, no termina en oír Misa los domingos o comulgar por Pascua, ella envuelve también en forma necesaria el cumplimiento de nuestro deber social.

#### I.— *Nuestro deber social*

Pero, ¿qué alcance tiene ese deber social, preguntará más de uno?

Y yo le respondo inmediatamente: un doble alcance. El primero, conocer, lo que en otras palabras significa, estudiar la doctrina social de la Iglesia. Hay en este campo una inperdonable omisión. Las enseñanzas de la Iglesia en materia social han sido a menudo o culpablemente ignoradas, o fácilmente olvidadas, o sordamente resistidas.

Hay quienes sólo aceptan a la Iglesia encerrada en las sacristías y preguntan: ¿qué tiene ella que mezclarse en estos problemas?, ignorando, o queriendo ignorar que allí donde hay un problema humano, hay también un problema moral. Y en ese problema moral, no en el técnico, la Iglesia tiene no sólo el derecho, sino el deber imperioso de hablar.

Hay quienes han dicho que esas doctrinas no son para Chile. Y es al Cardenal Arzobispo de Santiago de Chile y por su intermedio al Episcopado y fieles chilenos, a quienes la Sta. Sede se dirige hace dos meses, para decirle, oigámoslo bien:

"Para naciones como Chile, donde el problema social se va haciendo cada vez más agudo, se puede decir que el porvenir de la Iglesia depende sobre todo de la sensibilidad social de los católicos acerca de estos deberes". (4).

---

(4) Carta de Mons. Domingo Tardini, Secretario de Estado del Vaticano al Cardenal Caro, del 10-II-1950.

Y porque hoy he querido meditar sobre el problema social, yo siento que la palabra pontificia penetra en mi conciencia de católico chileno como una espada de dos filos.

Ella me dice, que el problema social en Chile, no sólo no está resuelto, sino *que se va haciendo cada día más agudo*. Me advierte que *el porvenir de la Iglesia en Chile* está subordinado a la *solución* de este problema social. Me habla de la *sensibilidad social* que debo tener para recibir, amar y practicar esas doctrinas, que son el ejercicio de las virtudes fundamentales de la justicia y de la caridad social, en el cristiano en este 1º de Mayo, mientras las banderas rojas de la Internacional Comunista ponen como un horizonte púrpura de amenaza sobre el mundo presente, yo siento que esta "sensibilidad social de los católicos", de que habla Roma, no es una frase para tomarla a la ligera, ni menos aún para burlarse de ella, sino que es la única fórmula salvadora, que ha de darnos la paz en la justicia, la libertad en la verdad y la concordia en el amor. He dicho que el deber social tiene un doble alcance, y he señalado el primero: conocer y estudiar la doctrina social de la Iglesia.

Debo también hablar del segundo: la aplicación de esas doctrinas.

La doctrina social católica ha sido de una elaboración progresiva, pues, si bien en ella hay un elemento inmutable, que son los principios, hay uno variable, que son las condiciones económicas y sociales en que esos mismos principios actúan. El católico, no la Iglesia, debe estudiar el aspecto técnico de estos problemas y darles a la luz de la doctrina social católica una solución.

Pueden en esos aspectos técnicos y circunstanciales, disentir entre sí los católicos, pero debe haber unidad perfecta tanto en la doctrina, cuanto en aquellos medios generales que la misma doctrina indica como los más aptos para su realización.

Esto significa, en otras palabras, un esfuerzo de todas las actividades católicas, sean ellas de orden sindical, mutualista, cívicas o económicas, inspiradas en la misma doctrina social de la Iglesia y cimentando todos sus diversos esfuerzos hacia un fin común: el imperio de la justicia social en el mundo del trabajo.

Sabéis que siempre me agrada hablar con claridad. Y no será ésta la vez que falle en mi propósito.

Las doctrinas sociales católicas no son patrimonio exclusivo de ningún grupo católico, llámense sociedades, partidos o instituciones. *La doctrina social católica es patrimonio de la Iglesia.*

"Ninguna institución, movimiento o agrupación política, puede mostrarse o decirse representante oficial de dichas doctrinas". (5).

Escribimos hace ya más de cuatro años, en Pastoral Colectiva, los Obispos de Chile.

Por eso os puedo hablar con la libertad con que os hablo y dirigirme a todos los católicos sin excepción.

Por eso también Roma ha hablado a Chile, para exigir a los católicos chilenos, se unan, no en torno a las instituciones humanas o transitorias, sino en *torno a la Jerarquía*, "en unidad de espíritu, de propósito y de acción". (6).

---

(5) Pastoral de 1946.

(6) Carta del Card. Tardini al Card. Caro.

Esto quiere decir en la práctica, que puede haber entre los católicos divisiones en campos donde caben diversas opiniones. Y la Iglesia siempre ha respetado y respeta dicha libertad.

Pero no puede haberlas en materias que son obligatorias y que forman parte de la enseñanza misma de la Iglesia, como acontece con la doctrina social y su realización.

Su Santidad Pío XII decía en forma solemne hace cinco años:

“La doctrina social de la Iglesia es clara en todos sus aspectos. Es obligatoria. Ninguno se puede apartar de ella sin peligro para la fe y para el orden moral. No es, pues, lícito a ningún católico prestar adhesión a teorías y sistemas sociales que la Iglesia ha repudiado o a propósito de los cuales ha puesto en guardia a sus fieles”. (7).

Y el mismo Sumo Pontífice añadía en su *Mensaje de Navidad* de 1948:

“Un cristiano convencido no puede encerrarse en un cómodo y egoísta “aislacionismo” cuando es testigo de las necesidades y miserias de sus hermanos; cuando le llegan los gritos de socorros de los desheredados de la fortuna; cuando conoce las aspiraciones de las clases trabajadoras hacia unas condiciones de vida más razonables y justas; cuando se da cuenta de los abusos de una concepción económica que pone el dinero por encima de los deberes sociales”.

La voz del Papa es clara y precisa.

Los Obispos las hemos, en todos los tonos, repetido.

Cabe a cada católico examinar su conciencia y preguntarse qué acogida ha dado a tan altas enseñanzas y apremiantes llamados.

Y para hacer más grave esta obligación de unidad en la profesión y actuación de la doctrina social, la voz de Roma acaba de hablarnos a los chilenos, para decirnos que:

“Después de las grandes Encíclicas de León XIII y Pío X, después de los precisos documentos sociales de Pío XII, ya no deberían los hijos de la Iglesia, a cualquier clase social y a cualquier partido político a que pertenezcan, ignorar el camino que han de seguir o rehusar seguir ese camino”. (8).

E inmediatamente después, el documento aludido añade como una queja:

“Resulta mucho más doloroso comprobar cuán frecuentemente aún, quien hace amplia profesión de fe y de adhesión a la Iglesia, se muestra insensible a las propias responsabilidades y a los propios deberes sociales”. (9).

El deber social es consecuencia necesaria del cristianismo.

Dentro de la libertad que la Iglesia da a los católicos en los diversos terrenos, aparece clara la necesaria unidad en lo social.

Pero esa unidad dentro de la diversidad, repito esto porque no quiero ser mal entendido, debe realizarse alrededor de la Iglesia, que por medio de la Acción Católica forma la conciencia social de sus fieles y por medio de las múltiples obras económicas y sociales que dirige o promueve, impulsa a los fieles al cumplimiento y práctica de tan grave deber.

---

(7) Pío XII: 29-IV-1945.

(8) Carta del Card. Tardini al Card. Caro.

(9) *Ibidem*.

Qué claras resultan en este momento las palabras que hace ya 19 años dirigía al mundo Su Santidad Pío XI en su Encíclica "*Quadragesimo Anno*":

"Unanse, pues, decía entonces el Papa, todos los hombres de buena voluntad, cuantos quieran combatir la batalla del bien y de la paz de Cristo; todos bajo la guía y el magisterio de la Iglesia, según el talento, fuerzas o condición de cada uno".

## II.— *Un pensamiento de temor*

Meditación cristiana en un 1º de Mayo. Podrá, a más de alguno, haber parecido extraño y hasta chocante este título, pero, ¿no es la misión del Cristianismo elevar lo humano y dar sentido eterno a lo temporal?

Si otros celebran este día con sentido nacido de una concepción materialista del trabajo y de la vida, ¿por qué no hemos de celebrarlo con un sentido espiritual y cristiano?

Y a eso obedece esta meditación, que quiero concluir mientras un doble pensamiento embarga mi espíritu: de temor el uno, y de esperanza el otro.

De temor, cuando pienso en la misión no llenada en esta hora. Cuando miro en esta primera mitad del siglo XX las figuras gigantes de los últimos seis Pontífices y considero la distinta suerte de la humanidad si se hubiera dejado guiar por sus luminosas directivas. Cuando los veo colocados en la línea divisoria de dos épocas salvando todo lo que hay de verdadero en una civilización que desaparece y poniendo las bases eternas a un mundo nuevo que nace.

Cuando a través de esos seis pontificados veo una línea tan firme, clara y precisa, señalando los peligros y mostrando las soluciones.

Cuando, en contraposición de este cuadro, contemplo la forma en que se ha respondido al mensaje social que partiendo de León XIII llega hasta Pío XII, cuando veo la sordera o la indiferencia hacia esa voz salvadora, siento que nos hallamos ante lo que un prelado español ha calificado de "gran pecado colectivo".

Y pienso con temor que estos pecados colectivos, si no son debidamente reparados, traen tarde o temprano los rigores de la Justicia de Dios. No quiero ser profeta de desventuras, pero quiero que mis diocesanos oigan y recuerden esta palabra de su Obispo: que o cumplimos integralmente nuestro deber social, tal como la Iglesia nos lo propone, o tendremos que pagar muy caro las consecuencias trágicas de esta omisión.

## III.— *La esperanza de un gran amanecer*

Pero junto a este pensamiento de temor, brota y con mayor fuerza, uno de esperanza.

Sabemos que las palabras de la Iglesia no han resonado en vano.

Sabemos que hay muchos que comprenden que la vida vale cuando se la vive por un ideal grande y sublime.

Sabemos que hay tantos en quienes han prendido estas palabras de Su Santidad Pío XII, de:

"Ser heraldos de la idea social católica contribuyendo, aunque les cueste notables renuncias al avance hacia aquella justicia social de la que deben tener hambre y sed todos los verdaderos discípulos de Jesucristo". (10).

(10) Pío XII, 1-10-1944.

Y porque sabemos que del grano caído en el surco brota la espiga, y de la noche oscura surge la aurora, y en las horas inciertas y confusas de la historia se gestan los grandes siglos, y sobre todo porque sabemos que la presencia y la fuerza del que es Camino, Verdad y Vida nos reconforta, es que esta meditación cristiana en un 1º de Mayo se cierra con la visión serena del Profeta Isaías:

—Vigía ¿qué contemplas en la noche? —pregunta el guardia nocturno—.

Y el vigía desde su torre responde:

*Amanece* (11).

Sobre la oscuridad de esta primera mitad del siglo, sobre el resplandor rojizo de sus revoluciones, hay en este instante en el mundo un gran amanecer.

Es el pensamiento cristiano informando la vida social del mundo nuevo que nace.

Es la doctrina social de la Iglesia haciendo que la humanidad encuentre en ella la vía del "gran retorno y del gran perdón".

---

(11) *Is.* 21, 12.



## EMPLEADOS CATOLICOS

### JORNADA DE ESTUDIOS — VALPARAISO (14, 15-VII-1951)

En toda concentración me parece que nos debemos hacer siempre esta pregunta y es: ¿a qué hemos venido? Y al parecer esta pregunta debe tener la siguiente respuesta: A tomar conciencia de nuestra misión en esta hora. Y aquí entonces quiero repetir por lo menos algo que dije ayer en la tarde en la Universidad Católica: la necesidad que tenemos de tener el sentido de nuestro tiempo, es decir, darnos cuenta clara del momento que vive el mundo y del momento que vive la Iglesia en este mundo que se está construyendo. Su Santidad el Papa en repetidas veces, emplea esta expresión más o menos exacta: "un mundo nuevo surge de estas dos guerras espantosas, tiene un carácter revolucionario, los problemas que se presentan todos tienen un carácter universal. El mismo desarrollo de la industria, de las ciencias, ha hecho que el mundo sea, en su acción, en su unidad, material. Ustedes pueden ver que hoy día en Valparaíso, Talca, etc. se puede oír la radio de Moscú, de París, dentro de pocos años podrán asistir a lo que se representa en un teatro de Italia, Francia, como en el mismo teatro.

Esta unidad material abarca todos los campos; el campo de la ciencia, del comercio, de la economía, jurídico, político; la economía es una economía mundial. Si mañana hay en los EE. UU. un desequilibrio económico, una ley que impone el impuesto al cobre, ésta repercute en los demás países lejanos. Una catástrofe financiera tiene proyecciones mundiales.

¿Qué tiene que ver esto directamente con lo que nos preocupa? Todo esto tiene su repercusión, y en esto es lo que yo veo inmediatamente nuestra responsabilidad, porque este mundo nuevo se está formando, mundo en el cual entran elementos tan diversos, por corrientes tan contrarias, en las que se enfrentan el capitalismo y el comunismo, vemos como la Iglesia no puede hacerse solidaria de ninguna de las dos ideas porque el capitalismo es materialista, es pagano en sus estructuras.

Aquí es donde aparece la gran misión del cristiano en este momento. Anoche oía la relación de la encuesta y como síntesis de esta relación, escuchaba lo siguiente: el ambiente nuestro es un ambiente pagano, es un ambiente materialista, indiferente. Yo diría: más que todo es un ambiente indiferente, es anti-cristiano, porque desconoce al cristianismo y en algunos sentidos tiene formación de vida completamente opuesta al catolicismo. Y aquí es donde aparece la gran misión del cristiano, en esta hora y que yo aludía esta mañana en Misa, a la gran trascendencia de la Acción Católica.

La Acción Católica en su estado es tan antigua como la Iglesia, y los seglares han tenido que representarla, y aquí está lo novedoso, lo realmente trascendental, lo revolucionario de la Acción Católica, que nunca se había dirigido la Iglesia a seglares para decirles estas palabras: Yo os entrego a vosotros estos campos apostólicos para que vosotros bajo la dirección de la Jerarquía los cristianicéis y transforméis para Cristo, dice su Santidad Pío XII. El laico católico ha llegado a su edad adulta — así como un niño al que se le dan poquísimas responsabilidades en la casa porque es niño, pero forma parte de la familia, mas cuando llega el instante en que deja de ser niño, en que ya su padre puede confiarle una responsabilidad, le entrega las llaves de la casa. El laicado católico ha llegado a su mayoría de edad y la Iglesia le hace entrega de la llave de la puerta de calle, como antiguamente, porque es precisamente la Acción Católica el reconocimiento oficial de la mayor edad apostólica del laicado, y entonces la Iglesia le da una misión de Iglesia; no solamente le dice al laicado católico venga a ayudarme en tal o cual cosa, reunión, procesión, para que ponga orden; le da más, este campo apostólico, esta misión que Uds. llaman ambiente, en que Uds. viven, se lo entrego para responder inmediatamente y directamente a Uds. Yo diría en cierta manera como comparación de información: un Obispo tiene la responsabilidad apostólica de toda la Diócesis, pero es imposible que el Obispo predique y esté en todas partes presente y entonces toma un sustituto, uno que está en su misma circunscripción que canónicamente se llama Parroquia, y le dice: usted es un representante mío, hablará en nombre mío, administrará sacramentos a los fieles en nombre mío y la misión del Párroco es representar la misión apostólica del Obispo. El ambiente que para Uds. mismos que se llaman empleados católicos, a uno se llamará Banco, y otro oficina tal; cada uno tiene su ambiente propio. En este ambiente la Iglesia le dice al seglar católico que va a dar testimonio cristiano y va a prolongar la Iglesia a ese ambiente; que la Iglesia se establezca ahí donde Ud. ha sido colocado por vocación divina y por mandato divino de la Iglesia; no llega uno porque se le ocurrió, llega sencillamente por vocación divina, una vocación que está en raíz, en germen en el bautizo, y que se hace realidad en el mandato que le da la jerarquía a ese seglar, un mandato postólico que da a cada uno de los empleos, una misión, un mandato al sitio donde ese empleado ha sido colocado por Providencia Divina. Tenemos que mirar las cosas tal cual son. El destino, el acaso son palabras que no tienen significado para nosotros dentro del mundo. Hay una Providencia sapientísima, amorosísima que es la que va dirigiendo todas las cosas para fin y gloria de Dios, y esa Providencia que dirige al mundo en esa

conciencia como es la oración, debemos comprender que hemos sido creados por la Providencia y por cuya Providencia hemos sido ocupados. Es la expresión práctica de la paternidad de Dios sobre nosotros. Así, cuando yo llego al puesto tal o cual, al ambiente, llego por causas humanas, pero detrás de esas causas humanas hay Providencia Divina. Ahí me quiere a mí, en esa oficina, en ese banco, etc..., y cuando llego con esa conciencia cristiana de que llego por vocación divina, sé que tengo ahí una misión que cumplir y que esa misión es una misión de Iglesia, que es la Iglesia que se hace representar por mí oficialmente, seguramente por el Párroco.

Esta vocación divina de la Acción Católica, en esa participación de los seglares en el apostolado jerárquico, es como cierta representación de Iglesia que lleva el laico católico. Por eso el Cardenal Vilneuf, que fue Arzobispo, decía: "Nosotros no alcanzamos a medir todavía la trascendencia de la Acción Católica, es mucho mayor para los siglos futuros". Y añadía esto: "con la Acción Católica entramos en una de las más grandes épocas de la historia de la Iglesia". Y yo estoy convencido de esto.

Hace tres años le oía a Monseñor Cardijn, con una emoción que todos pestañeábamos bastante fuerte de ganas de llorar, cuando nos hacía ver su movimiento de la Juventud Obrera Católica (JOC): "estamos en una época de extraordinaria santidad en la Iglesia, la Acción Católica nos está dando el santo en su ambiente". Y cuando Contardo Ferrari fue canonizado, Benedicto XI dijo en forma jocosa: "éste es el primer santo de frac que vamos a tener". Y vamos a tener santos de overall, santos de mochila, santos con pipa, etc.

Quiero decir que la santidad no es un patrimonio de un estado, y que precisamente la Acción Católica comprende y ha vivido y que nos está dando ahora; estoy convencido de este esfuerzo de santidad laica, precisamente porque el ambiente es pagano, tan hostil. Aquí aparece entonces toda la trascendencia de la Acción Católica, por eso esa respuesta a la pregunta ¿a qué hemos venido? A tomar conciencia de nuestra misión en esta hora. No hemos venido por discutir el asunto tal o cual de la encuesta; se resume todo en esto: "a tomar conciencia de nuestra misión apostólica en este momento".

Ahora pensemos un poquito: ¿Cuál es nuestra tarea? Más en concreto, si tenemos esta misión apostólica vamos a precisarla un poco. El cristiano tiene una doble tarea, primero construir un mundo humano y cristianizarlo. Noten bien, no vayamos a entender que primero vamos a humanizar y después a cristianizar; tiene que ser una labor simultánea. Un mundo humano, yo lo repito y lo repito mucho; yo creo que las formas de vida actual de nuestro ambiente son inhumanas. El cristiano tiene por lo tanto que alentar un ideal de justicia, de fraternidad, de bien común, y debe colaborar con todos aquellos que rectamente buscan ese ideal. Aquella frase del siglo IV: "nada de lo que es humano, yo repito, es extraño para mí". Debemos decirles a los cristianos, porque no hemos de colaborar ni considerar un ambiente más humano, en vez de cristianizarlo: pero no pretendamos cristianizar un mundo si primero no lo hacemos antes humano. Se dice que para cristianizar una empresa no basta poner un signo religioso, un crucifijo. Esto sería una blasfemia si se colocara en un cabaret. Cristianizemos la empresa y después pondremos el crucifijo. Creemos que con poner un signo religioso es suficiente; al contrario, el signo debe expresar lo que hay en el ambiente. Si Uds. vieran un crucifijo en un cabaret se sentirían escandalizados. Pensarían éste no es un ambiente donde debe estar un crucifijo. Por eso, antes de predicar la moral cristiana, tenemos que humanizar

el ambiente. Nuestra doble tarea, construir un mundo humano y cristianizarlo simultáneamente.

Pero no debemos pensar prescindir de esto, no omitirlo, la importancia enorme que tiene nuestro deber social. Es una condición social más indispensable para que el mensaje evangélico pueda realizarse, el mensaje de Cristo un mensaje de realidades espirituales y sobrenatural; pero para que ese reino de Dios pueda establecerse se requieren condiciones humanas y por lo tanto hay necesidad de cristianizar.

Este es el segundo punto, ¿Cómo cristianizaremos? Yo diría, cristianizando tenemos que llevar el mensaje evangélico, la gracia de Cristo y el testimonio de Cristo. Necesidad de llevar el mensaje evangélico, hacer conocer a Cristo en ese ambiente; las formas son múltiples: será una conversación un día, un libro que se presta, será una invitación a una conferencia, a un retiro, una audición radial, son muchas; lo importante es el mensaje cristiano, hay que llevarlo auténticamente cristiano. Nuestros mensajes no deben ser falsificados, mensajes a medias; un mensaje auténticamente cristiano, éste es el pensamiento cristiano, el pensamiento de la Iglesia; hay que llevar un testimonio cristiano y esto da una fuerza extraordinaria que no es exclusiva. No solamente el testimonio, no sólo eso, se necesita el mensaje, el testimonio y la gracia.

El testimonio es indispensable. Cuenta la historia de la Iglesia que los daneses eran un pueblo totalmente refractario al cristianismo y San Ascario no podía, no lograba realizar su obra. Entonces se hizo tomar esclavo y vivió 10 años como esclavo y dio el testimonio claro de su fe; en San Ascario, el mensaje, viene a corroborar el testimonio. El mensaje sin testimonio es una palabra vacía. Uno es portador del mensaje y lo ha rubricado al hermano con el testimonio de su vida.

Y en este momento recuerdo un artículo muy bueno de Monseñor Franceschi (y la conciencia en este momento me está acusando que el ejemplar me lo prestó el Padre Hurtado y que no se lo he devuelto todavía) en que dice después de hablar de la importancia del testimonio: "la tragedia de los testimonios invertidos, o sea, al revés, los que proclamándose cristianos dan un testimonio contrario". La niña que lleva una medalla al cuello y va semidesnuda a las playas; el almacén que lleva el nombre de un santo y la romana y metros son de 90 cms., el patrón de fundo que pone un Cristo al término de la misión y en realidad el testimonio es todo lo contrario de lo que es en la vida. Y como decía el autor del libro "¿Es Chile un país católico?": de los que llevan el palio en las procesiones y después sabemos por donde va la procesión.

Y esto es una cosa que debemos tomar conciencia de Acción Católica y que tiene un gran valor, hacer comprender que el cristianismo no es una cosa convencional, de una asamblea, de 5 minutos; es una cosa permanente, es un testimonio que hay que llevar dondequiera que el cristiano va. Nuestra Acción Católica está realizando, está haciendo esto. Y como añade Su Santidad: "acercarse a las fuentes de la gracia". (2).

No vamos a obligar; la unión de Dios es voluntaria, es íntima, es la respuesta a un llamado amoroso de Dios a un alma. Pero vamos a tratar de acercar a las fuentes de la gracia. El seglar no puede administrar los sacramentos pero puede acercar a los sacramentos, preparar las vías para el sacramento. Así como San Bautista preparó los caminos del Señor, así el seglar prepara los caminos. Ese ejercicio del sacerdocio seglar de los lai-

---

(2) Pío XII.

cos, sacerdocio seglar que lo recibimos en el bautizo y confirmación. Por lo tanto me parece a mí que la misión y la trascendencia de la Acción Católica no está en una sesión; yo siempre les digo que el único sitio donde no se puede hacer Acción Católica es en una sesión, ¿hacer acción católica con el Presidente, con el Asesor, con los que asisten? A la sesión venimos a tomar fuerzas para salir después a hacer acción católica, centrípeta y centrífuga; centrípeta: vamos a sesión a formar nuestra conciencia y centrífuga: para salir afuera, a nuestro ambiente, a nuestro alrededor, ahí se hace acción católica, fuera del local de la sesión, es a los que no están en la Iglesia, los que no conocen el mensaje. Como el Buen Pastor que deja las 99 ovejas en el redil y va en busca de la oveja perdida.

Es tan fácil convertir a los convertidos; lo importante es haber encontrado y convertido al que está afuera, y ésa es nuestra misión en forma organizada y colectiva, y es ésa la misión sobre todo de ustedes, ustedes que están en un mundo profano, ustedes que están en un mundo laico y tienen que llevar el testimonio del seglar. Yo no digo que no conviene la sesión, esto es necesario como medio de fructificar ideas, conocimientos; el movimiento es fuera del ambiente al que nosotros pertenecemos. Se viene a la sesión a estudiar los planes apostólicos que se realizan fuera. El apostolado laico hoy día es insustituible. Nosotros los sacerdotes no podemos llegar a donde Uds., no podemos evidentemente. Imagínense que yo llegue a una oficina en que me reciban con toda atención, amabilidad y cortesía; yo soy un extraño a la oficina, aunque me reciban con todo respeto y aunque sean un 99% católicos, delante de mí no se va a tratar problemas que se tratan entre ellos. Y tantos otros ambientes donde el sacerdote no puede entrar.

Un gran escritor francés, Monseñor Asbelt Luille hace esta comparación: "en el mundo actual se está representando la parábola de la Zorra y la Cigüeña. De un lado el mundo hambriento y sediento y de otro la Iglesia con sus dones y gracias. Y estas riquezas están en un cántaro con un gollete extremadamente estrecho, no logra penetrar hasta ese mundo. Es preciso romper ese gollete estrecho y llegar al mundo que está hambriento y sediento, y esto no lo puede hacer el sacerdote, y tiene que hacerlo el laico católico en su ambiente. Es insustituible.

Digo hoy día este mundo nuevo al cual aludo se formó ¿dónde? Se está formando en una serie de laboratorios humanos, en los sindicatos, en los centros intelectuales, en los centros artísticos, en los centros comerciales, bolsas de comercio, cámaras de comercio. Así, donde esos laboratorios humanos se está formando un mundo nuevo; ahí tiene que haber presencia de Iglesia y si no la puede poner el sacerdote tiene que ponerla el seglar en su ambiente; y por eso la acción católica del seglar es insustituible y decisiva.

Por lo tanto, la Acción Católica debe sentirse responsable de la salvación de nuestros hermanos, sentirse solidaria de la obra redentora; en último término, decirse; "Cristo ha muerto por todos para redimirnos". No va a llegar a ese ambiente si yo no lo llevo; depende de mí en último término y ésa es la trascendencia enorme de la Acción Católica. Debe comprender cada vez más que es una misión y consecuencia lógica y necesaria de nuestra condición de católicos.

Por eso Su Santidad Pío XI insistió, por eso el Papa actual quiere cada día darle una amplitud mayor sin quitarle nada de su responsabilidad y su grandeza y esto nos lleva a vivir verdaderamente la santidad de la Iglesia.

La Iglesia es una comunidad, es la comunidad de los que creen, de los que aman, de los que viven de Cristo. ¿Cuál ha sido el gran mal del siglo XIX? El individualismo; y el individualismo, como dice Cardijn, no solamente entra en el campo de la economía, de lo social, sino también entra en el campo de lo religioso. En su oración se busca la Iglesia más silenciosa y el lugar más apartado. La oración colectiva se ha olvidado, el canto colectivo se olvidó, el canto tradicional de la Iglesia, y en seguida este sentido de comunidad se ha oscurecido en el ambiente enormemente. Pero la Acción Católica y la acción litúrgica son las que han venido a despertarnos. La acción litúrgica nos dice: Orad en común, trabajad en común; somos miembros de un cuerpo donde todos somos solidarios y cuya cabeza es Cristo. Es vivir esa santidad de Iglesia. Y como decía el otro día, se notó una cosa bien curiosa, en el momento más difícil de la guerra europea en que los problemas sociales y políticos parecían más graves, se anunció que el Papa publicaría una encíclica; y todos se preguntaban ¿será contra el comunismo, será por la paz? Y nos engañamos. La encíclica del Papa que apareció en el año 1943 es sobre "la doctrina del cuerpo místico de Cristo". Un nombre tan teórico, tan dogmático; pero el Papa está asistido del Espíritu Santo, y porque precisamente en ese momento en que la guerra era una revolución, el Papa les da a los católicos una solución vívida del cuerpo místico de Cristo, que en el católico tiene un sentido de comunidad.

El sentido colectivo del mundo actual es fortísimo, y precisamente por eso que no sabe donde está, lo va a buscar en el colectivismo marxista; porque nosotros no hemos demostrado comunidad de fe, comunidad de oración. La Acción Católica bien sentida, bien vivida, es la que va a dar sentido de comunidad. Estamos unidos externamente, porque somos miembros de un centro X, ustedes de un centro de Santiago, de Valparaíso, porque dentro está la Iglesia, y saben que en el fondo están cumpliendo una misión de Iglesia. Como lo sentimos esta mañana y vivimos el misterio al participar todos en la Santa Misa, una sola voz identificada con el Sacerdote que ofrece, una sola oración. Por eso yo termino diciéndoles un acto de fe, de esperanza y de caridad. Hay que creer en la Acción Católica, hay que esperar en la Acción Católica y amar la Acción Católica. Creer, porque si creemos que la Acción Católica es una cosa inútil o creemos que es una cosa fracasada y tenemos ese complejo de inferioridad de Acción Católica no vamos a hacer nada. Tendrá muchos defectos, muchas deficiencias, le quedará muchísimo por hacer, pero ha hecho mucho, es evidente que ha hecho mucho.

En la Junta Diocesana contaba la siguiente anécdota: hace 2 meses pasaba por La Serena y me invitaron a comer un grupo de hombres en el Club de La Serena; y yo puse esto en discusión: "por qué no creemos en la Acción Católica". ¿Piensan ustedes que hace 20 años hubiera sido posible asistir a una comida en el Club de La Serena 24 ó 25 hombres reunidos para festejar a un sacerdote y 2 obispos, y que en esa comida se haya hablado de la necesidad que tiene el mundo de la Acción Católica? Hay que esperar en la Acción Católica, porque si nosotros tenemos esta conciencia de la trascendencia del apostolado de los laicos, esta conciencia de lo que los laicos tienen que hacer, de transformar los ambientes donde el Señor los ha colocados, ciertamente uno tiene que esperar cosas extraordinarias; pero yo estoy convencido de que lo hará, como lo hiciera el canónigo Cardijn. Comenzó solo con un obrero, tuvo 13 años de fracaso tras fracaso, incompreensión tras incompreensión, y no en campos enemigos sino en los mismos campos católicos; ustedes dirán esto es absurdo; pero el siguió adelante y hoy

la JOC., numéricamente se calcula en un millón y medio de Jocistas en el mundo; moralmente es una realidad, y en cuanto a lo social en las reuniones internacionales se le autoriza a sus representantes a ir, eso sí como observadores, como sucedió en las conferencias de la N. U.,

Y en último término hay que amar la Acción Católica en esta forma amplia, porque es la expresión de nuestra misión apostólica y el apostolado es la expresión más alta de nuestro amor a la Iglesia, a las almas y amor a Dios. No podemos creer en un amor platónico a Dios sin amor a las almas, no se sirve a Cristo sin servir a las almas. Es sencillamente un cristianismo falso, y egoísta. Por lo tanto, debemos amar la Acción Católica; hay que amar este sentido de apostolado y por último lo que les digo: hay que trabajar también con mirada de futuro, no sólo estar frente a lo inmediato, hay que mirar hacia adelante, trabajemos con mucho más ansia y pensemos que muchas de las cosas que estamos haciendo no las vamos a ver nosotros, entonces así nuestro trabajo será mucho más desinteresado.

En un verso de Manuel Blanco Belmonte, una de sus poesías "El Sembrador de Palmas" hablando de aquel laico que iba sembrando palmas: "no importa que aunque yo no las vea, otros las verán y si otros no las ven, Dios las verá". Cuando trato de explicarme el espíritu del comunismo que ha logrado despertar esa mística extraordinaria no es solamente eso, en el mundo el comunista da una visión de futuro, de una humanidad que hay que construir, y hace que ese hombre se sacrifique y muera por su causa. Por eso Kostler en su libro *Cero y lo Infinito* tiene una cosa que me impresiona; cuando a ese comunista se le dice lo siguiente: la causa comunista exige que tú aparezcas en este instante como traidor a la causa, serás juzgado, condenado y vas a ser ajusticiado como traidor, y él acepta y muere. El cristiano sabe a lo menos que murió por Cristo, por su principio; pero éste muere por traidor y se le dice que en los archivos secretos quedará su nombre con los futuros héroes, y en un lejano futuro sabrán que tú fuiste uno de los mártires de la causa; y ese hombre se sacrifica porque tiene esa visión futura. Y yo digo: si una ideología atea logra crear esta mística, cómo no lo ha de ser en nosotros que sabemos que hay que construir un mundo futuro, un mundo justo, fraternal y cristiano, y aunque muchas de las cosas no las vamos a ver, sabemos que estamos contribuyendo a realizarlas, una humanidad futura por el signo de Cristo. Tenemos que dar esa visión de Acción Católica de futuro. Yo creo que ésta es la gran trascendencia que la Acción Católica hace. Si una ideología falsa y negadora de las fuerzas del espíritu logra imprimir esas abnegaciones, cuánto más nosotros debemos tratar de realizarlas con esa visión amplia, íntegra que nos da el cristianismo. Por eso yo quisiera que al salir de esta convención, saliéramos con esta visión muy clara del sentido de responsabilidad de que cada católico tiene su misión en la construcción de este mundo futuro y, en este sentido, de la obligación del laico en estos instantes.



LA NUEVA FESTIVIDAD DE "SAN JOSE OBRERO". (1).  
(1956)

Amados hijos:

Su Santidad Pío XII, que tan importantes reformas ha realizado en el campo de la liturgia de la Iglesia, ha establecido para el primero de Mayo de cada año, la festividad de San José Obrero.

La antigua fiesta del Patrocinio de San José, que se celebraba el miércoles siguiente al II domingo, después de Pascua, queda abolida y cede su lugar a esta nueva.

Queremos haceros algunas reflexiones a propósito de esta fiesta e invitaros a todos a su cristiana celebración. Para hacerlo, más que en nuestras propias palabras nos basaremos en la de los Romanos Pontífices y muy en especial del actual, S. S. Pío XII.

I.— La festividad de San José Obrero nos habla en primer lugar de la dignidad del trabajo. El Hijo de Dios al hacerse hombre escogió como hogar para su vida humana el hogar de un obrero. Así, al hablar Jesús por primera vez en público en la Sinagoga, los que le escuchaban se preguntaban "¿no es este acaso el hijo del carpintero?". (2). En el hogar de un obrero nació y creció apareciendo ante el mundo como un joven de esa condición social.

Es gloria purísima del Cristianismo, que nadie le podrá arrebatar, el haber mostrado desde su comienzo la dignidad del trabajo y la del obrero que lo ejercita. En el restablecimiento de esa dignidad está el secreto de la paz social:

"Quien desea que la estrella de la paz nazca y se detenga sobre la sociedad, dice su S. S. Pío XII, dé al trabajo el lugar que Dios le señaló desde el principio". (3).

De ahí que el mismo Pontífice añada en otra alocución:

"El trabajo no es sólo fatiga de los miembros humanos privada de sentido y de valor, menos aún una humillante servidumbre. Es servicio de Dios, don de Dios, vigor y plenitud de la vida humana, prenda de reposo eterno. Levantad y mantened alta la frente, trabajadores. Mirad al Hijo de Dios, que con su Eterno Padre creó y ordenó el Universo, haciéndose hombre como nosotros, excepto en el pecado y creciendo en edad entra en la gran comunidad del trabajo y en su misión salvadora consume con fatiga su vida terrena". (4).

II.— Consecuencias de esa dignidad es, en segundo lugar, el respeto que hemos de tener para el trabajo. En el orden individual es la fuente del diario sustento. Como su S. S. Pío XII recuerda: "El trabajo debe dar al hombre y a su familia lo suficiente para su sustento cotidiano" (5). En el orden social, sirve al bien general. El mismo Pío XII enseña:

"Constituís con vuestras familias una comunidad de trabajo. El une a los hombres en un servicio común para las necesidades del pueblo: per-

(1) E. S., p. 194-197.

(2) Mt. 13, 55.

(3) Mensaje de Navidad, 24-XII-1942.

(4) Mensaje de Navidad, 24-XII-1950.

(5) Mensaje de Navidad, 24-XII-1953.

maneced firmes en considerar vuestro trabajo según su íntimo valor como contribución vuestra y de vuestras familias a las economías públicas". (6).

De ahí la necesidad de parte de los dadores de trabajo de retribuirlo justamente:

"Vosotros sabéis muy bien, amados hijos, dice el Papa actual, que el justo salario y una mejor distribución de los bienes materiales constituyen dos de las exigencias más apremiantes en el programa social de la Iglesia". (7).

"Es punto fundamental de la cuestión social, que los bienes creados por Dios para todos los hombres sean participados equitativamente por todos, según los principios de la Justicia y de la Caridad". (8).

"Los salarios de los trabajadores como es conveniente, sean tales que alcancen para ellos y sus familias". (9).

De parte de los trabajadores, por lo mismo que su trabajo sirve al bien general, ha de realizarse con tres condiciones, según el Sto. Padre enseña: "Conciencia, honestidad y exactitud". (10).

III.— La estimación y respeto del trabajo ha de llevarnos a comprender que son las doctrinas sociales de la Iglesia, plenamente aceptadas, vividas y realizadas, donde nosotros, cristianos, hemos de dar al mundo de hoy la verdadera solución de paz que anhela.

De ahí que la fiesta de San José Obrero que el 1º de Mayo celebraremos, sea un llamado a conocer y a practicar tan altas y sublimes enseñanzas. En San José Obrero hemos de ver ensalzada por la Iglesia la dignidad del trabajo y del trabajador. En él hemos de aprender el hondo sentido sobrenatural que todo trabajo encierra. Desde su modesto taller de carpintero, San José nos recuerda la grandeza del deber fielmente cumplido como voluntad divina. Nos dice que el trabajo en su sentido cristiano es colaboración al plan redentor, ennoblecimiento de nuestra vida humana y fuente de mérito sobrenatural y santificación.

Tal como en el relato Bíblico, la Iglesia nos repite: "Ite ad Joseph" ("Id a José"). (11). En él aprenderemos el trabajo unido a la oración, la grandeza de una vida humilde cerca de Jesús, y el secreto de la paz social que sólo puede darla la justicia hermanada con la caridad.

Deseamos que esta festividad de San José Obrero, sea celebrada con especial solemnidad en toda la Diócesis.

Aunque no es fiesta de guardar, siendo el 1º de Mayo un día feriado, se invita a todos los fieles a asistir a la Santa Misa y a pedir por intersección de San José que sobre el mundo obrero irradie su influencia redentora la Cruz.

Los Párrocos invitarán a los fieles a una Misa el Primero de Mayo por esta intención.

Se recomienda hacer al final de ella la bendición de los instrumentos del trabajo haciendo ver cómo ella expresa la santificación de nuestra diaria labor.

Os bendice de corazón, vuestro Obispo.

(6) 15-XI-1956.

(7) Pío XII, 11-III-1951.

(8) Pío XII, 1-XI-1939.

(9) *Ibidem*.

(10) Pío XII, 25-IV-1950.

(11) Gén. 41, 55.

## VIIIª SEMANA SOCIAL DEL URUGUAY

### SINTESIS DEL APOSTOLADO SOCIAL.

#### UNA POSICION, UN PROGRAMA, UN ESPIRITU (1).

(IX-1952)

Huelgan las frases de cumplimiento en reuniones como éstas donde la fe preside y la caridad alienta. Tan sólo un saludo amplio y cristiano como un gran signo de cruz.

Saludo que os diga los sentimientos fraternales de mi tierra chilena que una vez más se siente unida a la uruguaya por los lazos indestructibles de la sangre, de la historia y de la fe.

El tema que me habéis señalado, al relacionar esta Semana Social, con el "ministerio de la fe", la Eucaristía, no es uno más que se suma a los ya sabiamente expuestos.

En el propósito que lo inspira, debería este tema ser la concisión de una síntesis, la perspectiva de un programa, y la vibración de un espíritu.

Habría de ser preciso, para que una idea central prevalezca; amplio, para que las metas finales se destaquen; impregnado de amor, para que el espíritu de Cristo lo aliente.

Así hubiera querido que este trabajo fuese. Si la debilidad de mis fuerzas no lo logra, sirva, al menos, de excusa el interés y el cariño que lo ha inspirado.

Nos acercamos al término de vuestra Semana Social.

Durante varios días, maestros, dirigentes y hombres de acción han estudiado con empeño la realidad del problema social. Con hondo sentido humano, han visto una vez más de aportar con su generoso esfuerzo a un movimiento que debe hacernos vivir el imperioso deber de nuestra solidaridad humana. Con visión cristiana, han igualmente contemplado la necesidad de infundir en la solución de los problemas del trabajo la savia eterna de justicia y de amor del Evangelio.

A través de esta Semana hemos visto una posición, un programa y un espíritu.

La posición se llama juicio de la Iglesia sobre el régimen presente.

El programa se denomina animación de la comunidad.

El espíritu se nombra la Eucaristía signo y fuente de esa misma comunidad.

Una posición que es definida.

Un programa que es imperativo.

Un espíritu que es ardiente.

Los que dicen que la posición de la Iglesia es incierta y vaga, ni conocen esa posición, ni han penetrado su programa, ni sentido la inmensa vibración de caridad que lo alienta.

Esa posición, ese programa y ese espíritu es el que hoy trataremos de resumir.

#### *I.— Posición católica ante el régimen presente*

La posición del católico ante el mundo actual ha sido claramente precisada en numerosos documentos de la Santa Sede y de la Jerarquía, de

---

(1) E. S., p. 135-166.

los cuales son magnífica síntesis las palabras que en septiembre de 1950 dirigió Su Santidad Pío XII al Clero del Mundo Católico recordándole que no cabe posición incierta ni ante el comunismo ateo, ni ante el capitalismo materialista. Es esa misma voz que textualmente añade:

“Los errores de los dos sistemas económicos y las dañosas consecuencias que de ellos se derivan deben convencer a todos, y especialmente a los sacerdotes, que se mantengan fieles a la doctrina social de la Iglesia y difundan su conocimiento y aplicación práctica”. (2).

Tenemos los católicos una posición social definida y precisa. Y esa posición debe determinar nuestra actitud.

No basta con proclamar nuestra doctrina social. Debemos enfrentarla con los hechos modernos.

El Cristianismo se desarrolla en el tiempo. Las doctrinas sociales han de enfrentarse con la historia. Nuestra posición social sería vaga y amorfa si no la colocáramos ante las condiciones actuales del mundo y no diérmos ante ella, en forma precisa, nuestro juicio que nos hace afirmar. no conformismo.

No queremos la permanencia del actual estado económico y social porque el aceptarlo nos significaría traicionar el mensaje cristiano.

Nada hay tan lejano al espíritu cristiano como la actitud meramente conformista con un orden social viciado, actitud que lleva fatalmente a esa esclerosis de la vida, signo seguro de vejez.

Nuestra posición está claramente definida en la palabra de S. S. Pío

XII:

“La Iglesia, dice el Papa, no puede ignorar ni rehusar de ver que el obrero, en su esfuerzo por mejorar su condición, se estrella con un sistema social que, lejos de ser conforme a la naturaleza, se opone al orden establecido por Dios y al fin que El ha asignado a los bienes de la tierra”.

## II.— *Incompatibilidades con el capitalismo*

Ese sistema que “se opone al orden divino y contra el cual el obrero que quiere mejorar su condición se estrella”, es el capitalismo en su expresión histórica y real.

“Tales son actualmente las condiciones de la vida económica y social, ha dicho S. S. Pío XII, y un número muy considerable de hombres encuentran ahí las mayores dificultades para alcanzar la obra necesaria de su eterna salvación”.

No faltarán quienes quieran argüir que el régimen en que se emplea el capital privado para la producción no puede ser condenado, como tampoco puede serlo el mismo capital. No ignoro ambas cosas y no es a ello a lo que me refiero al hablar del capitalismo, sino a su expresión histórica, es decir la forma como se presenta y al régimen que ha creado.

El Capitalismo podemos definirlo así: Un régimen económico y social caracterizado por la fecundidad de las especies monetarias, por el primado del Capital-Dinero en la economía, por la separación entre los trabajadores y los instrumentos de producción; en fin, por la división de la sociedad en clases cuyas diferencias provienen de los modos diferentes según los cuales participan de la propiedad de los capitales y en la distribución de los intereses.

---

(2) *Menti Nostrae*, 23-IX-1950.

A su vez la realidad histórica del capitalismo se llama concepción materialista del trabajo, inseguridad de la vida obrera, proletariado.

La Iglesia rechaza la opresión que el liberalismo ha creado.

Al dar a sus hijos la libertad interior, la Iglesia ha desarrollado una fuerza de resistencia moral que los hace aptos para defenderse contra las diversas formas de la opresión.

El Cristianismo no puede aceptar un régimen donde el único lazo que liga al hombre con el hombre es el interés, donde la dignidad ha sido trocada por el valor de cambio y en lugar de la libertad interior se ha puesto la libertad de comercio desprovista de conciencia.

La para Iglesia el liberalismo económico es y seguirá siendo tan materialista como su sistema opuesto, el comunismo. Y el régimen capitalista será para Ella, como ha declarado el Director del *Osservatore Romano*, Conde Della Torre: "un pecado contra la naturaleza, tal como en el campo del "creced y multiplicaos" es la limitación de nacimientos". (3).

El mismo autor concluye con fina ironía su célebre artículo: "que el matrimonio que algunos pretendieron efectuar entre la Iglesia y el capitalismo sería invadido por el impedimento de disparidad de culto".

No es, pues, ante el dilema "o capitalismo o comunismo" donde hay que ponerse. El cristianismo no tiene por qué escoger entre dos materialismos.

### III.— *Incompatibilidades con el comunismo*

La doctrina social católica se enfrenta igualmente al comunismo para afirmar su irreductible oposición a él.

Son dos concepciones del mundo y de la vida en abierta contradicción. Donde uno dice respeto a la persona humana, el otro dice absorción de la persona por la colectividad; donde uno afirma primado de lo espiritual, el otro afirma materialismo histórico; donde uno proclama Democracia, el otro proclama totalitarismo; donde uno dice Dios trascendente, el otro dice dictadura del proletariado.

Entre la Iglesia y el Comunismo no hay adecuación posible.

Yerran por tanto profundamente los que en las doctrinas sociales de la Iglesia ven un paso hacia el marxismo. Esos tales no han comprendido que precisamente lo que más se opone al Comunismo son esas doctrinas y que, en cambio, hacen, sin quererlo, el juego al marxismo, los que en una forma u otra dificultan la implantación de una verdadera y cristiana Justicia Social.

Yerran también aquéllos que alaban a la Iglesia sólo por oponerse al comunismo, oposición que en Ella es un imprescindible deber, dada la maldad que la doctrina y métodos del comunismo encierran. Pero olvidan esos mismos que la oposición de la Iglesia al comunismo no nace de ser éste anticapitalista, ni que su oposición signifique una defensa de la situación presente. La Iglesia se opone al comunismo por su ateísmo y por su carácter antidemocrático y antihumano, que niega el valor del hombre individual.

Igualmente la Iglesia sabe distinguir entre un pueblo y una ideología. Su oposición al comunismo imperante en Rusia no significa una oposición al pueblo ruso por cuya conversión la Iglesia ora con maternal solicitud.

---

(3) *Osservatore Romano*, 7-V-1949.

#### IV.— *Nitidez distinta de la posición católica*

Comunismo y Capitalismo son dos errores con los cuales la doctrina social católica se enfrenta para proclamar su concepción espiritualista de la vida.

Nuestra posición, nótese bien, no es algo intermedio entre dos doctrinas opuestas, ni un remedio parcial a los errores de ambas; es una posición absoluta, íntegra y en su contenido profundamente revolucionaria.

No vamos a introducir parches en el capitalismo cuyos principios y estructuras son materialistas, ni vamos, a pretexto de defender al trabajador, a colaborar con el comunismo, cuya posición fundamentalmente anticristiana todos conocemos. Trabajamos por una sociedad basada en principios que el capitalismo y el comunismo desconocen y niegan. Luchamos por una transformación radical de la economía de la empresa, a fin de que de ella brote la seguridad de un trabajo dotado de condición humana y social.

Hace un siglo y medio que la economía está dirigida contra el obrero y nosotros buscamos una economía donde la dignidad del trabajo, la dignidad obrera, la dignidad humana del trabajador en cuanto tal sea amplia y prácticamente renovada.

No podemos buscar una solución en doctrina que ensalza el primado del dinero y niega la primacía del trabajo en la empresa. Nuestro esfuerzo va dirigido a crear una civilización donde el trabajo ocupe en la sociedad el lugar que en justicia le corresponde, una civilización que supere el régimen del salario quitándole su inseguridad y que dé al esfuerzo humano la autoridad y el poder que hoy detenta una fuerza material, el capital.

Ni podemos buscar solución en doctrina que proclama la dictadura de una clase y que en el fondo es incapaz de liberar al trabajo de las injusticias capitalistas porque el mismo es el heredero directo del capitalismo. El comunismo concibe al hombre y por tanto al trabajador al modo terriblemente burgués, como una potencia o haz de necesidades, de intereses, como una potencia productora.

Nuestra afirmación es propia y total.

#### VI.— *Redención del proletariado y dignidad de la persona humana*

Queremos la redención obrera y la basamos no en simples leyes, sino en el reconocimiento de su dignidad de persona.

“¿Queréis, dice Pío XII, que la estrella de la paz se levante y se fije sobre la sociedad? Trabajad con todas vuestras fuerzas por dar a la persona humana la dignidad con que Dios la ha enriquecido desde su origen”.

“Es su primer bien, su primer valor, la razón de ser de la sociedad, su fin esencial”. (4).

De esa dignidad de la persona humana es de donde brotan el derecho a la vida y la seguridad del mañana, al mismo tiempo que la integración y la incorporación del trabajador en la empresa.

Esa dignidad, que es la base de nuestra filosofía social, nos hace rechazar con energía aún la apariencia de una opresión o de una esclavitud, cualquiera sea la forma bajo la cual se esconda.

(4) Pío XII, XI-1942.

En defensa de la dignidad de la persona humana no aceptamos la opresión que nace de un régimen viciado como el capitalismo, ni menos la que brota de la fórmula "dictadura del proletariado", donde no es la libertad del obrero la que se establece, sino la dominación de "una masa sin alma". (5).

En defensa de esa misma dignidad, no podemos tampoco aceptar las soluciones que nacen de una concepción laica y materialista de la vida.

No pretendemos como pretenden oponerse al comunismo los que parten de una filosofía laica y determinista que niega a Dios, la libertad del alma y la responsabilidad moral del hombre, que en el fondo son las raíces profundas de las cuales el mismo comunismo procede.

## VII.— *La posición del cristiano ante el mundo que nace*

La dignidad de la persona humana tiene su consecuencia en la libertad que de ella misma dimana y por eso tampoco aceptamos como solución un paternalismo que quiere imponer a la clase obrera sus beneficios, sin darle aquella responsabilidad que ella merece y exige.

"Por todos los medios permitidos, dice S. S. Pío XII, favoreced en todos los campos de la sociedad la forma social que permita y garantice la entera responsabilidad en el orden temporal como en el orden eterno. (6).

Tenemos una misión social que cumplir. Y ella nos pide esta posición absoluta e íntegra y, por consecuencia, valiente.

La conciencia de esa misión engendra nuestra posición ante el mundo actual. Un mundo muere. Hay quienes no quieren verlo. "Son ciegos y conductores de ciegos". (7). Sigamos nuestra marcha. El cristiano que tiene promesas de vida "deja a los muertos que entierren a sus muertos". (8).

Un mundo muere. Y al mismo tiempo un mundo nace.

¿Será mejor o peor que el presente?

Lo ignoramos. Sólo sabemos que la historia hay que hacerla en lugar de soportarla.

La historia es el libre juego de la iniciativa humana que con el concurso de Dios decide los acontecimientos futuros.

Ese mundo hay que amarlo.

"El Hijo del Hombre no vino a juzgar al mundo sino a salvar al mundo por El". (9). Como decía S. S. Pío XI:

"Un mundo debe salir de la caldera en que hierven en la hora actual tantas energías contrarias. Será el honor de esta generación, añadía el Papa, si comprenden su misión de haber ayudado piadosamente al mundo a mejorar su suerte".

Ese mundo hay también que comprenderlo. ¿No hay en el fondo de sus problemas un ansia de Cristo?

¿No hay acaso en muchos otros una reacción, errada si se quiere, a nuestro deber no cumplido de católicos?

Un mundo nace. Y hay que saber bautizarlo.

(5) Cfr. *Ibidem*.

(6) *Mensaje de Navidad, 1942*.

(7) *Mt. 15, 14*.

(8) *Mt. 8, 22*.

(9) *Jn. 3, 17*.

Los pesimistas ven sus defectos y quieren entregarlo a su suerte.

"No es oponiendo una actitud negativa y de simple defensa a los malos pastores como puede esperarse la solución de estos problemas", ha dicho el Pontífice actual.

#### VII.— *Posición católica positiva: instaurar el orden social*

Hay que dar algo positivo, o sea, desarrollar el alma cristiana hasta el punto que la madurez del universo reclama.

Hay que dar a la generación presente una imagen cristiana del hombre, de la vida y de la sociedad, y esto exige la proclamación abierta de los principios sociales de la Iglesia, y la lucha decidida y valiente por su implantación total.

La Iglesia ha hablado para hacernos sentir nuestra posición ante estos tiempos. Y sus Encíclicas llamadas sociales son algo más que el estudio de algunos problemas económicos; ellas son la expresión de un orden total que es necesario plenamente instaurar.

Los grandes dogmas de nuestra teología deben tener su realización en nuestra vida individual y social.

No podemos levantar los ojos para hablar al Padre de los Cielos, mientras hermanos nuestros arrastran una existencia indigna de su calidad de hombres y de hijos de Dios. No podemos pedir con sinceridad de corazón el "venga a nos tu reino" si nos mostramos indiferentes, cuando no complacientes, con el reino del egoísmo, la injusticia o la opresión.

No podemos mirar el mundo con los ojos de Cristo, como debe mirarlo el cristiano, si no adoptamos en forma decidida la posición que nuestra fe, urgida por la voz eterna de la Iglesia, nos señala. El pecado de omisión puede a veces ser más grave que el de acción.

Y la voz de Dios, ante el primer crimen del mundo debe tener para nosotros el terrible valor de un examen personal: "¿Qué has hecho de tu hermano?". (10).

Nuestra posición queda así definida.

Firmes en nuestra doctrina, sin desviaciones ni ante el capitalismo liberal ni el comunismo, ser por nuestra fe integralmente vivida, en el corazón de un mundo que pide "ese suplemento de alma", la presencia activa e irradiante de un fenómeno cristiano, para dar las grandes renovaciones sociales que el mundo necesita.

#### VIII.— *Programa católico en lo económico y social*

Si esta Semana nos fija una posición, ella también, os decía, nos señala un programa.

Ese programa se llama la animación de la comunidad cristiana en el campo de lo económico.

En lo espiritual, en lo económico, en lo social, el mundo actual siente con fuerza extraordinaria la necesidad de la comunidad.

El mundo moderno ha experimentado en su propia carne el azote de la dispersión individual. Ha visto que "el individualismo del Renacimiento y del Liberalismo habían ya hecho su tiempo". El hombre veía que la personalidad tenía necesidad para madurar de una institución objetiva; aspiraba a lo colectivo. Lo buscó en el marxismo. Error de ruta. El marxismo no era

---

(10) Gn. 4, 9.

más que un agregado de átomos, una adición numérica, un cuadro. Le faltaba el principio vital y motor. Lo que necesitaba era el colectivo viviente, es decir, un organismo; es decir, en otros términos, la Iglesia. La Iglesia conocida y vivida al mismo tiempo como sociedad, colectividad, cuerpo vivo que distribuye su sangre a todos sus miembros; el Cuerpo Místico de Cristo.

Y el Espíritu de Dios ha hecho que el católico moderno tome plena conciencia de este dogma central de nuestra fe y aspire a vivirlo en toda su intensidad y plenitud.

¿Qué otra cosa significan el movimiento litúrgico en el campo de la piedad; el de Acción Católica en el campo del apostolado; el social cristiano en el campo de la economía, sino el dar a nuestra fe todo el contenido social que ella encierra?

#### IX.— *La comunidad cristiana*

El Cristianismo o es social o no es.

Y vale la pena el destacar cómo en los momentos más duros de la pasada guerra mundial, cuando los problemas más apremiantes se acumulaban sobre el Jefe de la Cristiandad, S. S. el Papa, ha creído que nada más urgente y de mayor trascendencia existía que el hablarnos de lo que constituye la esencia y la fuerza de la Iglesia. Y nos dio en plena guerra su admirable Encíclica del Cuerpo Místico de Cristo.

Ese dogma, como todos los otros, ha de ser vivido hasta sus últimas consecuencias. Y la más inmediata se llama la Comunidad Cristiana.

La vida comunitaria deriva del carácter mismo del Cristianismo y de la Iglesia. Y, en consecuencia, no está condicionada por el tiempo. Los marcos externos pueden cambiarse, pero las manifestaciones de la vida en la fraternidad o comunidad permanecen siempre las mismas.

En numerosos pasajes del Evangelio N. S. indicó a sus discípulos la comunidad y la unidad como signo distintivo de lo que El venía a realizar Recordamos las páginas de S. Juan XVII, 20-23:

“Pero no ruego sólo por éstos sino por cuantos crean en Mí por su palabra, para que todos sean uno como Tú, Padre, estás en Mí y yo en Tí, para que también ellos sean en nosotros y el mundo crea que Tú me has enviado. Y yo les he dado la gloria que Tú me diste a fin de que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y Tú en Mí para que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que Tú me enviaste y amaste a éstos como Tú me amaste”.

La unidad entre el Padre y el Hijo, que este texto recuerda, no es sólo una unidad de fe, sino una comunidad de vida y ella se presenta como el prototipo de la unidad entre los fieles.

“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor unos para con otros”. (11).

La evangelización del mundo pagano se hizo por las comunidades cristianas que los apóstoles establecían por los diversos lugares que visitaban. De ahí la palabra Iglesia, del griego “ekaleos”: convocar, reunir, agrupar.

Estas comunidades fueron en los primeros siglos los centros de irradiación para todo el ambiente. Comunidades misioneras, que con la palabra, y el ejemplo de la vida obraron a la manera de levadura en la masa de paganismo de entonces.

---

(11) *Jn.* 13, 35.

Todo es social en el Cristianismo. Social su plegaria en la maravillosa unidad de su liturgia. Social su dogma centrado en la redención, donde Cristo en nombre de la humanidad repara y su sangre alcanza a todos los hombres.

Social su vida de gracia que les llega por los Sacramentos. Social su concepción de la ciudad terrestre basada en la doble fraternidad humana y cristiana. Social también la gloria de sus elegidos, donde seremos coronados en la comunión eterna de vida de la Trinidad.

#### X.— *Comunidad versus individualismo*

Hay que llegar al Protestantismo, y a su expresión lógica en la vida económica y social, el liberalismo, para contemplar el oscurecimiento del concepto de comunidad y su sustitución por el individualismo desenfrenado que caracterizó estos dos últimos siglos de la vida de la humanidad.

Por eso también el gran testimonio cristiano que nuestro siglo exige es el de la comunidad.

Cuando cada templo sea la comunidad que ora y bebe conjuntamente el agua que brota de las fuentes del Salvador. Cuando cada esposo cristiano llegue al matrimonio sabiendo con S. Pablo que este "sacramento es grande en Cristo y en la Iglesia" (12) porque simboliza y expresa la unión íntima de Cristo con su Divino Esposa. Cuando cada Parroquia no sea "la oficina de lo espiritual" sino la realización en pequeño de la comunidad universal, cuando las empresas estén presididas, en vez de por la idea pagana del lucro, por la cristiana de comunidad, donde el provecho de uno es de todos y el provecho de todos en cada uno; cuando, en una palabra diversa, opongamos el testimonio irrecusable de la caridad hecha en nuestra vida plenitud de la ley, entonces el mundo recibirá y aceptará nuestro homenaje, y una vez más podremos decir la palabra que en el siglo IV profirió Terencio: "Nom multa loquimur, sed vivimus". No hablamos muchas cosas sino que vivimos.

Esa comunidad tiene su expresión en la vida económica. La separación del trabajador y sus instrumentos de trabajo no podrá jamás llenar el ideal social del católico. Un régimen de asociación en el plano de la empresa y de la profesión deberán gradualmente reemplazar a la separación que hoy existe.

#### XI.— *Docencia del Papa: comunidad de actividad e intereses entre patronos y obreros*

S. S. Pío XI en la *Quadragesimo Anno* nos habla de la conveniencia de hacer que el contrato de trabajo evolucione hacia el de sociedad.

"Juzgamos, dice el Papa, que atendidas las condiciones modernas de la asociación humana, sería más oportuno que el contrato de trabajo algur tanto se suavizara en cuanto fuese posible por medio del contrato de sociedad, como ya se ha comenzado a hacer en diversas formas con provecho no escaso de los obreros y aún patronos. De esta suerte los obreros y empleados participan en cierta manera ya en el dominio, ya en la dirección del trabajo, ya en las ganancias obtenidas".

Y el 7 de mayo de 1949, S. S. Pío XII en un discurso a la Unión Internacional de Asociaciones Patronales Católicas, se refiere extensamente a las

---

(12) *Ef.* 5, 32.

razones que persuaden de la suma utilidad de la participación de empleados y obreros en la dirección de las empresas. Primeramente el Papa expone la razón íntima de la conveniencia del contrato de sociedad; dice así:

“En el dominio económico hay comunidad de actividad y de intereses entre jefes de empresas y obreros. Desconocer este nexo recíproco, bajar por romperlo, sólo puede ser el hecho de una pretensión de despotismo ciego e irracional. Jefes de empresa y obreros no son antagonistas irreconciliables. Son cooperadores de una obra común”.

Luego, en esa comunidad de actividad e intereses, entre patronos y obreros, ve la razón profunda de la conveniencia del contrato de sociedad, que pasa a exponer en seguida:

“Siendo común el interés, ¿por qué no podrá traducirse en una justa expresión común?”.  
¿Por qué no será legítimo atribuir una justa parte de responsabilidad en la constitución y desarrollo de la economía nacional?”.

Da en seguida una razón de orden práctico en favor del contrato de sociedad:

“¿Por qué cuando hay todavía tiempo no poner las cosas en un punto, en la plena conciencia de la común responsabilidad, de modo de asegurar a los unos contra injustas desconfianzas, y a los otros contra ilusiones que no tardarán en convertirse en peligro social?”.

Pío XI no fue escuchado.

Finalmente, hace un recuerdo de lo expuesto en *Quadragesimo Anno* y lamenta que esas palabras tan sabias y previsoras de Pío XI cayesen en buena parte en el vacío de tantas mentalidades liberales. Termina así el Papa:

“Esta comunidad de intereses y de responsabilidad en la obra de la economía nacional, nuestro inolvidable predecesor Pío XI lo había sugerido, en una fórmula concreta y oportuna, cuando en su Encíclica *Quadragesimo Anno* recomendaba la organización profesional en las diversas ramas de la producción. Este punto de la Encíclica suscitó violentos ataques: los unos veían en él una concesión a las corrientes políticas modernas; los otros, una vuelta a la Edad Media. Habría sido incomparablemente más prudente deponer los viejos prejuicios sin fundamento y consagrarse de buena fe y buen corazón a la realización de la cosa misma y de sus múltiples aplicaciones prácticas”.

En resumen, según Pío XII, en su discurso de 7 de mayo de 1949, es justo que los obreros cooperadores con los jefes de empresa, en una obra común, tengan parte de responsabilidad en la constitución y desarrollo de la economía nacional.

Es una lástima, agrega el Papa, que no se haya escuchado en esto la voz de Pío XI:

“Esa parte de la Encíclica *Quadragesimo Anno*, dice Pío XII, parece ofrecernos, por desgracia, un ejemplo de esas ocasiones oportunas que se dejan escapar, por no aprovecharlas a tiempo”.

## XII.— *Elocuente insistencia de Pío XII*

Y hace apenas dos meses, S. S. volvió a recordarnos ese ideal de asociación en la empresa. En alocución dirigida a la Semana Social de Dijon, a fines del pasado mes de julio, el Papa decía así:

“Jefes de empresa y obreros son así cooperadores en una obra común, llamados a vivir conjuntamente a beneficio neto y global de la economía, y bajo este aspecto, sus relaciones mutuas no colocan en modo alguno a los unos al servicio de los otros”. Mermar su retribución, decimos Nos, es un atentado contra la dignidad personal de cualquiera bajo una forma u otra, presta su concurso productivo al rendimiento de la economía nacional”. Más, puesto que todos “comen de la misma mesa”, por así decirlo, resulta equitativo, considerando la diversidad de funciones y de responsabilidades, que la participación de cada uno sea conforme a la común dignidad del hombre, de modo que aquella permita, en particular a un gran número, llegar a la independencia y a la seguridad que da la propiedad privada y participar con su familia de los bienes del espíritu y de la cultura a los que están ordenados los bienes de la tierra”.

“Por otra parte, si patrones y obreros tienen un interés común en la sana prosperidad de la economía nacional, ¿por qué no ha de ser legítimo atribuir a los obreros una justa parte de responsabilidad en la constitución y desarrollo de esta economía? Esta observación que Nos hicimos ya, nunca fue más oportuna que en las dificultades, la inseguridad y la solidaridad de la hora presente, en que decisiones de orden económico se imponen a veces al país comprometiendo al futuro de la comunidad y a veces también, el de la comunidad de los pueblos”. (13).

El tema central de vuestra Semana orientado a mostrar la necesaria asociación entre capital y trabajo, es la expresión en lo económico de la idea de comunidad que está en la esencia misma del Misterio de la Iglesia, ese misterio es el que a través de ella debemos hacer brillar ante el mundo.

### XIII.— *Un espíritu ardiente e informador*

Tenemos que precavernos de un peligro: el de insistir tan exclusivamente en la doctrina social cristiana, que pueda llegar a comprendérsela como una doctrina social y económica más entre las muchas que existen.

Más allá de esas medidas económicas que debemos imprescindiblemente propugnar, más allá de un orden social temporal, por el cual debemos luchar, inspirado en el Evangelio, más allá del consuelo de los afligidos, de la asistencia a los necesitados, nosotros tenemos que contemplar el misterio hondo de la Iglesia que es necesario vivir. El mundo no se salvó en el siglo I, ni se salvará en el XX, ni por la sabiduría, ni por el poder, ni por la influencia sino por la ignominia de la Cruz que “es necedad para los gentiles y locura para los gentiles”. (14).

Y ese misterio de la Cruz se vive en el misterio de la Iglesia.

Y ese misterio de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, se expresa en forma concreta en la idea de la comunidad.

Ante el desafío laicista, que renueva como el águila su juventud, responde con el laicado, que llega en la A. C. a su mayor edad.

Tenemos una posición ante el mundo actual definida y precisa y en ella enjuicamos los distintos regímenes y reivindicamos una vez más el inmenso contenido social del Evangelio.

Tenemos un programa, que es la animación de la comunidad cristiana y en ella señalamos la necesidad de unir en íntima asociación las dos fuerzas hoy antagónicas de la empresa.

---

(13) Carta de Pío XII al Presidente de la 39ª Semana Social de Francia, en Dijon, sobre “Riqueza y miseria. Crecimiento y distribución de la renta nacional”. Ver *Documentation Catholique*, XLIX, 10-VIII-1953, p. 960-966.

(14) *I Co. 1*, 23.

## 1) *La redención y la gracia*

Nos queda por señalar la base y el fundamento de este espíritu.

Y vamos a buscarlo en la Eucaristía. Para eso tenemos que ponernos ante el Misterio de la Redención.

Cristo ha sido establecido como propiciación por nuestras faltas.

Nos redimió por medio de su sangre y de su muerte.

El sacrificio de la Cruz, del cual Cristo es sacerdote y víctima, realiza la redención y abre para siempre a los hombres el camino de su salud eterna. Cristo se ha hecho solidario de la humanidad. Ha reconciliado al hombre con Dios. Ha pagado por ella su deuda. Y como consecuencia le ha dado una nueva vida.

Tres iniciativas de Dios, tres operaciones de Cristo, tres sentimientos del hombre concurren a la obra redentora. Dios viéndonos incapaces de salir por nosotros mismos del pecado, decreta justificarnos gratuitamente; es la obra de la gracia.

Decide establecer a Cristo como instrumento de propiciación y mostrarlo como tal ante el mundo: es el triunfo de la sabiduría. Quiere además, demostrarnos que es justo y que lo ha sido siempre: es la reivindicación de la justicia. Cristo por su parte obra la Redención de acuerdo con la gracia, o sea, la liberación de los pecadores, la obra en calidad de víctima, la eficacia de la salvación está en su sangre. El hombre a su vez no permanece pasivo; la obra de su salvación no se concluye sin él; su contribución es la fe en Cristo Salvador. Medita la lección del Calvario y comprende que debe corresponder a tanto amor y finalmente, ante tal demostración de la justicia divina aprende a temer la ira de Dios y a confiar en su misericordia.

De este modo la doctrina de la Redención forma un todo coherente y cuyos aspectos más diversos se armonizan entre sí.

El hecho de la elevación está en relación exacta con el hecho de la caída.

El Calvario es la repetición del Edén. La humanidad cae y se levanta en su representante; un acto de desobediencia la pierde; un acto de obediencia la salva. ¡Cuánta luz se desprende de aquí sobre la unidad del Misterio de la Redención!, sobre la fraternidad humana y sobre la comunión de los Santos!

Cristo, al subir a la Cruz, llevó a la humanidad entera para salvarla. La redención restituye la unidad perdida por el pecado.

La palabra del Evangelio de S. Juan nos lo recuerda: "Jesús no debía morir por la nación solamente, sino para reunir en un solo cuerpo los hijos de Dios dispersos". (15).

## 2) *Sentido comunitario de la Misa*

Este Misterio Redentor se prolonga en el tiempo y se aplica a cada uno de nosotros por el Santo Sacrificio de la Misa.

La comunidad cristiana tiene su principio de vida en el altar.

La Eucaristía es un Misterio de Unidad.

La Misa es una acción que se realiza socialmente. Los fieles unidos al sacerdote, ofrecen y se inmolan conjuntamente con la Víctima del Altar Obrán, no como individuos separados, sino como miembros de un único cuerpo.

---

(15) *Jn. 11, 52.*

Ahí, la totalidad de los fieles, adora, suplica y obra. Cada individuo tiene su parte en la obra común; la gran Acción para usar la expresión tradicional.

Al pie del Altar se inicia el diálogo entre el sacerdote y los fieles. Recíprocamente se acusan unos a otros sus faltas. Mútuamente se purifican en la comunidad, demostrando así su igualdad en el pecado y en la gracia. Sin quitar la responsabilidad que cada uno tiene en sus propias faltas, la Misa nos hace vivir el hondo misterio cristiano de nuestra solidaridad en el mal y en el bien. "Nobis quoque peccatoribus, famulis tuis". A nosotros también pecadores. Es el sentido de nuestra responsabilidad social en el pecado.

Pero si en la Misa se siente estrechamente la solidaridad de los miembros en el pecado, más íntima y fuerte aún se siente esa solidaridad en la ofrenda. La Misa es el sacrificio de los fieles "sic fiat sacrificium nostrum" (16) dice el sacerdote después de ofrecer el cáliz.

El misterio del agua y del vino que se mezclan nos hablan de la unidad del Cuerpo Místico, donde la humanidad se hace consorte de la divinidad.

El cáliz contiene los dones de la cristiandad.

Y al través de los siglos llega a nosotros la plegaria de la Didaché:

"Como el trigo sembrado en los montes se reúne en una sola hostia, así Señor, congrega a tu Iglesia de todas las extremidades de la tierra y hazla la una, la Santa, la Católica". (17).

En la Misa realizamos la verdad que S. Agustín recuerda: que Dios nos ha unido en tal forma a Cristo, que en él somos un sólo hombre: "Unus Homo". El plural litúrgico no expresa la suma de los asistentes. Es, si cabe decirlo, un plural singular. Quien ora por los labios del sacerdote, es una Colectividad, un ser real y no una adición de unidades. En la Misa somos una sola persona moral, en su Cabeza, Cristo, y en el Espíritu Santo que la anima.

Nos olvidamos de nosotros mismos para pensar en el orden de toda la comunidad. El bien común, meta de toda la filosofía social del Cristianismo, no tiene una escuela más alta, más honda y eficaz que el Santo Sacrificio de la Misa.

Ella nos arranca de nuestros egoísmos, de nuestras miras estrechas, y limitadas y nos coloca en las perspectivas universales del Cristianismo.

### 3) Sentido social de la Eucaristía

Es ahí donde el espíritu católico se bebe como en su más pura y límpida fuente. "La Eucaristía, dice Sto. Tomás, siendo el Sacramento de toda la unidad de la Iglesia, pide que en su celebración no se olvide nada de lo que interesa a la salud de toda la Iglesia". (18).

La unidad en la ofrenda se consume y perfecciona en la Comunión. No es ella tan sólo, como a veces se dice, una unión personal a Jesucristo. Es también, y no lo olvidemos, una unión a todos los miembros del Cuerpo Místico. Y mientras el materialismo separa y disgrega en el "atomismo humano" que hoy vivimos, la Comunión reconstituye por dentro la unidad de la Humanidad.

(16) Tr.: "que así sea nuestro sacrificio".

(17) Didaché:

(18) *Suma Teológica*, III, q. 83, a 4.

El P. Lebreton escribe en el *Diccionario Apologético*:

“La unión de los cristianos a Cristo no es sólo una unión individual, sino una unión social. Forman un sólo cuerpo: la Iglesia; pero esta unión no se afirma sino por la participación a un mismo pan eucarístico”.

Qué bien comprendían y explicaban esta doctrina los Padres de la Iglesia. Oigamos a S. Juan Crisóstomo que interroga a sus fieles:

“¿Qué es este Pan?

“El cuerpo de Cristo”.

¿Y qué son los que comulgan?

“El cuerpo de Cristo; no muchos cuerpos sino uno sólo”.

El “signo de la unidad” lo llama S. Agustín. Y en realidad lo es.

De ahí la fórmula unitaria que S. Pablo tantas veces emplea y que entre los primeros cristianos se convierte en saludo habitual: en Cristo Jesús.

Qué efímera aparecen las uniones humanas basadas sólo en contratos externos, frente a esta unión profunda, en el ser, que la Eucaristía realiza.

La Comunión a Cristo realiza la Comunión de los hombres entre ellos, la Comunión a toda la humanidad. Los hombres se separan por el espacio, las razas, los países y la muerte. Pero más allá de todas estas separaciones que lo humano realiza hay un medio que nos une, en la gran Comunidad de la Iglesia, la Eucaristía, donde hechos concorporales con Cristo gustamos la unidad de una misma vocación de eternidad.

#### 4) *Eucaristía y comunidad cristiana*

Los tres se complementan mutuamente. Sin vida eucarística no se vive la comunidad cristiana, no se comprende la posición social de la Iglesia.

La gran misión del cristiano está en esta integración total. La Eucaristía alimenta nuestra vida en el Cuerpo Místico, y esa vida a su vez impulsa nuestra posición en lo social.

Estamos en nuestra posición en lo social, porque tenemos conciencia de nuestra ubicación en la comunidad cristiana, y vivimos ese Misterio de la Comunidad con todos nuestros hermanos, porque realizamos en nosotros el significado profundo del Sacramento de unidad, la Eucaristía. Por eso, hoy más que nunca la Iglesia nos invita a ser firmes en nuestra posición, a amar con pasión nuestro programa y a afianzar esa posición y ese programa en raíces de la gracia santificante.

Nos toca vivir la hora de las grandes transformaciones históricas. La hora en que el cristiano tiene que sentir en forma viva la terrible responsabilidad de su fe. La hora en que se evidencia la palabra del Salmista: que “el justo defecciona cuando se disminuyen las verdades entre los hijos de los hombres”. (19).

Si los católicos viviéramos en profundidad estas grandes realidades de nuestra fe, cómo comprenderíamos la honda revolución social que el Cristianismo significa. Cómo veríamos con claridad meridiana, la posición, el programa y el espíritu de la Iglesia en esta hora, que esta Semana ha tratado en forma magnífica de recordar.

(19) Sl. 11, 2.

Posición clara, basada no en oportunismo pasajero, sino en principios absolutos: la doctrina social cristiana; programa rico en realizaciones, a la luz de esa doctrina, animación en lo económico y social de la comunidad cristiana.

Espíritu que nos lleva a la esencia del Cristianismo, unión profunda en la Eucaristía que estrecha al hombre con Cristo y a los hombres entre sí en el misterio de la gran unidad.

Una posición, un programa, un espíritu. Por eso se hacen también imperativos la posición, el programa y el espíritu que han de llevarnos, no a la conservación de un orden que ha demostrado en forma trágica su ineficacia de servir el bien común, sino a la sustitución por aquél en que los grandes principios de dignidad de la persona humana sean plena y totalmente respetados y donde los hombres puedan tener una vida digna de hombres y de hijos de Dios.

En esa posición, en ese programa y en ese espíritu está, mis queridos amigos uruguayos, la gran misión social que nos cabe cumplir.

Uno de vuestros oradores dijo que el Uruguay semejaba en el mapa geográfico a un gran corazón.

Sed en la realización de esa misión social el gran corazón que América Latina necesita.

#### XIV.— *Hacia el mundo nuevo, avanzada en la historia*

El conseguirlo no nos conducirá a un paraíso terrestre sin males y dolores como algunos sueñan o pintan, pero será un avanzar en la historia, un dignificar las grandes ideas del hombre y del trabajo, un cavar más hondo en el sentido social inherente al Cristianismo, donde cada uno comprende lo que debe a su hermano y a la sociedad en que vive, un acercarse más a aquel ideal ultraterreno a donde el mundo y la historia se encaminan: el advenimiento de la ciudad de Dios que debe reemplazar a la ciudad del hombre.

Tenemos que realizarlo con audacia, con aquella audacia cristiana con que Pablo hablaba en el Areópago para anunciar al Dios desconocido, con aquella con que sobre la arena del circo cantaban el mártir su fe, con la misma con que a través de las fluctuaciones de la historia el testimonio cristiano ha sido dado.

El Cristianismo no es religión de timidez. Es religión de amor y el amor es fuerte como la muerte.

En la alborada del mundo, los hombres se olvidaron de Dios y "toda carne corrompió su camino". (20). Y dijo Dios a Noé:

"Haz para tí un arca, pon en ella todo lo que debe ser salvado, porque contigo estableceré mi alianza y voy a inundar la tierra con un diluvio". (21).

Y se abrieron las cataratas del gran abismo. Y llovió sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches. Y el agua subió más arriba que las más altas montañas. Y sobre la destrucción y la muerte, el arca que llevaba las semillas de la humanidad, flotaba.

Y cesó el diluvio. Y bajaron las aguas. Y se secó la tierra. Y descendió Noé con los que estaban en el arca. Levantó un altar al Señor y ofreció en él un sacrificio.

Y de aquel holocausto percibió Dios olor de suavidad.

(20) Cfr. Gn. 6, 12.

(21) Gn. 6, 14, 17.

En el umbral de estos tiempos modernos, los hombres quisieron proclamar los derechos del hombre sin recordar los derechos de Dios. (Sin negarlos abiertamente, los negaron).

Dijeron que la religión era para el templo y que la vida económica, social y cívica era laica y profana. Y no pocos cristianos la siguieron.

Y como la violación de los derechos de Dios se torna siempre contra el hombre, el mundo actual ha visto implantarse y proclamarse las fórmulas más inhumanas de su historia.

Y sobre el mundo materialista de hoy se han abierto las fuentes del gran abismo, amenazando en un diluvio universal sumergir la noción misma del Hombre y de su eminente dignidad.

Pero sobre las aguas que suben flota el arca llevando como gérmenes imperecedores de vida, una posición: la social, un programa: la comunidad, un espíritu: la caridad que se bebe en la Eucaristía.

Pasarán estas horas de la humanidad, como pasa todo lo terreno. Descenderán las aguas. Y los hombres refugiados en el arca saldrán hacia ese mundo nuevo para darle un rostro y un acento cristiano. Junto al altar, como siempre, se levantará la ciudad del futuro.

Y ofrecerán a Dios el holocausto de su posición, su programa y su espíritu, fielmente custodiado, celosamente amado y apostólicamente difundido.

Y de aquel holocausto percibirá Dios olor de suavidad.



## TIERRA DE ANGUSTIA Y DE ESPERANZA AMERICA LATINA (1959)

(Alberto Sireau, Mario Zañartu, R. Cereceda)

### P R E F A C I O (1)

¿Será una audacia el afirmar que sólo en pleno siglo XX Europa comienza a tomar conciencia del descubrimiento de América Latina?

Se conocen de ella algunos aspectos curiosos, algunos rasgos pintorescos o folklóricos que no la definen en absoluto. Pero su realidad histórica, su dinamismo interno, sus promesas de futuro, escapan a la mayoría de los europeos. No veamos en esto acusación o crítica; reconozcamos el hecho, simplemente, y procuremos explicárnoslo a nosotros mismos.

En primer lugar, el término "América Latina" es equívoco. Existe, es cierto, una entidad América Latina, una por su descubrimiento y su conquista, por su lengua, su fe cristiana y por algunos de sus rasgos generales. Pero es bastante verdadero afirmar que existen diversas Américas Latinas, que se diferencian por el clima, el carácter de los habitantes, las circunstancias históricas, la mayor o menor influencia de las razas aborígenes o de la inmigración europea.

(1) París: Edits. Universitaria, 1959, 162 p.  
La traducción es nuestra.

Por otra parte, no es fácil conocer un continente, de una extensión tan vasta, con contrastes tan violentos: riquezas desmesuradas y terribles miserias, cultura refinada y analfabetismo en estado endémico, climas tropicales y hielos polares y sin embargo América Latina tiene una palabra decisiva que decir para el porvenir del mundo y de la Iglesia. Me atrevo a decir más aún: la supervivencia del mundo occidental está subordinada a la plena integración de América Latina.

Ningún sociólogo que revive con suficiente amplitud de vista el porvenir del mundo puede dejar de ver la importancia política creciente de los pueblos de color. La solidaridad afro-asiática es un hecho de consecuencias históricas incalculables. Europa y América del Norte, para subsistir deben necesariamente estrechar sus lazos con este continente de cultura occidental, cuyo índice demográfico es el más elevado del mundo y que, encontrándose ante una evolución industrial muy rápida, se halla en víspera de cambios sociales insospechables. América Latina ofrece, tanto por su fondo histórico como por el dinamismo pujante de los pueblos jóvenes, riquezas inmensas para el futuro de la humanidad.

A este respecto, me parece que hay tres hechos dignos de ser subrayados:

El primero, es el que ya hemos señalado, a saber: el desarrollo demográfico. América Latina dobla actualmente su población cada 32 años. En 1980 superará los 300 millones de habitantes, para alcanzar los 500 millones a fines del siglo. Sin detenerme a considerar las consecuencias económicas y sociales de este hecho, deseo sólo hacer notar la doble conciencia que se forma: de poder y de debilidad. América Latina palpa a través de un conjunto de realidades, su situación de continente sub-desarrollado, sabe que se viene a buscar donde ella las materias primas básicas que darán bienestar y un alto standard de vida a otros países y, por otra parte, si se sabe rica en potencia, se ve pobre. ¿Quién dará la expresión adecuada y concreta a esta doble conciencia? Hay aquí una terrible amenaza y una magnífica esperanza.

América Latina se encuentra también en búsqueda de su unidad. La idea de un mercado común encuentra rápido camino entre las naciones de América Latina. El acercamiento cultural artístico y literario se realiza progresivamente. La mayoría de las universidades de nuestros países se desarrollan bajo el signo del interamericanismo. (2). Las grandes organizaciones mundiales surgidas después de la guerra intensifican esta unión. No citemos sino el plan de alfabetización de UNESCO para América Latina y CEPAL (Consejo Económico para América Latina). De nuevo se plantea la inquietante pregunta: ¿quién hará la unidad espiritual de estos pueblos dispersos, pero que aspiran más y más a encontrar su unidad?

Por último, y en la última constatación que se impone, traigamos al debate estas virtudes profundas del pueblo latinoamericano: su espíritu de sacrificio, su sentido innato de la justicia y su solidaridad fraternal. La vida ruda y áspera del pueblo latinoamericano lo ha hecho particularmente apto para comprender la renuncia y el esfuerzo. El sentido de la justicia le ha dado una sensibilidad extrema ante cualquier forma de injusticia. El latinoamericano es de suyo bueno y manso, pero reacciona violentamente cuando encuentra la injusticia, de donde venga. El espíritu de solidaridad le da, por otra parte, más que a otros pueblos, un sentido muy grande de comunidad.

---

(2) En septiembre de 1959 se reunió en Buenos Aires la Asamblea de las Universidades de América Latina y en Caracas la de los estudiantes latinoamericanos.

Así, estos tres hechos nos indican que América Latina está madura para jugar su papel en la comunidad mundial, un papel eficaz y de primer plano.

Un cambio profundo se está operando desde hace 25 años en América Latina. De una estructura rural, el Continente pasa bruscamente a una estructura urbana e industrial. Esto engendra una triple movilidad: grandes masas rurales emigran hacia los medios urbanos; el individuo debe adaptarse a nuevos oficios; nuevas clases sociales se forman o antiguas son integradas por elementos jóvenes y dinámicos.

Estos cambios van a afrontar a América Latina no sólo a sus propios problemas, sino a los del mundo.

Es aquí donde hay que señalar que el catolicismo permanece todavía como un dato fundamental de América Latina. No me incumbe estudiar la situación interna de la Iglesia en el Continente, sino sólo insistir en el hecho que, gracias a Ella, los problemas que han sido señalados podrán orientarse hacia una integración y una defensa de la cultura occidental.

Los cambios sociales mencionados pueden constituir factores de desintegración del catolicismo en el Continente Latino-Americano. Si esta desintegración se realiza, América Latina no podrá jugar este papel que desempeña hoy día, su papel occidental; lo que es más grave, sería la presa fácil de las ideologías materialistas ateas.

La necesidad de una renovación cristiana se presenta, pues, con un carácter de real urgencia.

Dios ha dotado a América Latina con grandes dones espirituales: le ha dado la fe profunda que le ha permitido superar las graves dificultades que ha encontrado. Le ha dado una devoción tierna y filial a María, que constituye uno de sus más grandes tesoros. Le ha dado un clero que, a pesar de no ser numeroso, cumple de modo edificante su dura misión. Pero todo esto tiene necesidad de ser revitalizado: una actitud misionera para llevar el pensamiento cristiano a todos los medios, una fe más rica y más esclarecida que le de el dinamismo que exige el crecimiento material del Continente, un sentido de la presencia activa en el desarrollo del mundo y de la Iglesia, que de la doble conciencia de la comunidad espiritual y temporal, es lo que dará al catolicismo latino-americano la fuerza para realizar la evangelización de las estructuras y de los medios que el crecimiento demográfico, la industrialización, la marcha hacia la unidad económica y política exigen actualmente.

Una renovación pastoral, en el sentido indicado, dará a América Latina la posibilidad de cumplir su misión en la construcción de un mundo más justo, más armonioso y más humano.

De ahí, la importancia vital para la Iglesia de América Latina, como para los católicos del mundo entero, de dar a esta revitalización espiritual toda la amplitud que se merece.

El Papa Pío XII, llamando la atención del mundo cristiano sobre el problema de África en su Encíclica *Fidei Donum*, hacía también una mención especial a las necesidades de América Latina. Se ha hecho notar, en efecto, que "si una África no cristiana significaría desperdiciar una oportunidad, América Latina es un tercio de la Iglesia que puede perderse".

América Latina tiene una palabra que decir, que es decisiva para el mundo de hoy y de mañana. Pero ello exige la fidelidad a su vocación cristiana.

De esta fidelidad son responsables los latino-americanos, pero también todos los católicos del mundo.

Es en una visión de Iglesia y del mundo futuro que hay que considerar el problema y comprender la misión de América Latina en el mundo actual.

Que Dios nos de a todos la comprensión de los signos de la historia, que es la manera misteriosa y humana por la que nos hace comprender sus planes providenciales.

—::—

"MATER ET MAGISTRA". UN GRAN CAPITULO DE LA ENCICLICA: EL  
DESARROLLO  
CONFERENCIA EN CONGR. MUNDIAL DE ORGANIZACIONES  
INTERNACIONALES CATOLICAS —OIC— EN B. AIRES. (1)  
(12-XII-1962)

Una meditación, un signo, y un llamado.

Tales son los objetivos que hoy nos congregan en esta tierra hermana.

Hemos venido de todas las latitudes del orbe a estudiar nuestro deber a la luz de la Encíclica *Mater et Magistra*.

A tomar conciencia de nuestras responsabilidades sociales ante un mundo que adquiere nuevas dimensiones.

A enfocar a la luz de la palabra pontificia el deber que al cristiano le corresponde en el progreso terrestre.

A sentir el imperativo que brota del doble imperativo de la caridad, de estar presentes a Dios y a los hombres.

Es el tema de nuestra meditación.

Pero es también un signo.

En el dolor de las divisiones fratricidas nos estrechamos en el regazo amplio de la Madre.

En las tierras de este Continente queremos afirmar los derroteros por donde América y el mundo encontrarán la paz ansiada.

Queremos ser signo para todos nuestros hermanos que buscan una humanidad mejor.

Y sobre el monte caliginoso de esta hora, levantamos este signo: la doctrina social de la Iglesia y su último y más acabado documento: la *Mater et Magistra*.

Y por eso nuestro signo es llamado.

A realizar sin descanso lo que en ella se enseña. A hacer realidad la visión del hombre y de la sociedad que nos entrega. A construir la ciudad terrestre donde los hombres puedan alcanzar la eterna. A continuar la obra creadora que Dios entrega al hombre en el comienzo de los tiempos. A ser los artífices de un mundo que se transforme de selvático en humano y de humano en divino" (Pío XII).

Una meditación. Un signo. Y un llamado.

I.— *Desarrollo, problema clave*

Y estas tres cosas queremos resumirlas en una idea: los deberes que a la luz de la Encíclica *Mater et Magistra* brotan para el cristiano del problema del desarrollo económico y social.

(1) *D. M.*, 21-VIII, p. 4; 22-VIII, p. 2; 23-VIII, p. 7 de 1962.

También aparece en *La Voz*, 19-VIII-1962, p. 10 y en *E. S.*, p. 214-237.

El problema clave del mundo moderno "y el más importante de nuestra época" en palabras de la Encíclica es el del desarrollo.

El deber social más urgente, nos dice Juan XXIII:

"Es el formar las conciencias en el sentido de la responsabilidad que incumbe a todos y a cada uno, especialmente a los más favorecidos". (2).

Esta verdad será nuestra meditación. Esta conciencia será el signo de las dimensiones de nuestro amor. Y el deber que de ahí brote será el llamado a la acción que nos aguarda.

## II.— Miseria en el mundo

El título de un libro caracteriza el problema de la miseria en el mundo "el drama del siglo". Es la tragedia del hambre de los dos tercios de la humanidad. Es el espectro de la enfermedad y de la muerte como su consecuencia fatal.

Es el drama de los sin techo que se agrupan en los "cinturones de miseria" de las grandes ciudades.

Es el analfabetismo que en plena era interplanetaria mantiene a masas inmensas en situaciones culturales primitivas.

El drama del siglo.

Son las emigraciones bruscas del campo a la ciudad, de fábrica a fábrica, de pueblos más pobres a otros más ricos, que constituyen el nomadismo del siglo XX.

El drama del hombre que, a través del cine, la radio, la televisión, se asoma a un mundo al cual no tiene acceso.

Es la miseria espiritual que esta situación engendra, "la verdadera e íntima miseria de los pueblos", de que hablaba Pío XII. (3).

El drama del siglo, donde se juegan no un simple problema económico, sino un problema humano que repercute en la vida espiritual y, como consecuencia, en la eterna salvación de nuestros hermanos.

Porque el problema del subdesarrollo dificulta a la persona humana el conseguir las condiciones normales de su desenvolvimiento síquico, mental y espiritual. Porque el problema de la vivienda impide o dificulta la sana vida familiar. Porque la falta de una relativa independencia económica hace casi imposible el ejercicio de las responsabilidades en la vida del trabajo, en las empresas, en la vida cívica y social.

El drama del siglo. La tremenda amenaza que pesa sobre el destino eterno de tantos hijos de Dios.

El drama angustioso de nuestra América Latina.

El continente de los grandes recursos y de las grandes miserias.

El continente cuyo porvenir espiritual está íntimamente ligado a la aplicación y total de la encíclica *Mater et Magistra*.

El Continente que recibe este nuevo desafío de la historia: ¿bajo qué signo se hará su desarrollo? ¿Bajo el del materialismo y sus trágicas consecuencias o bajo el de la cruz? ¿Qué respuesta seremos capaces de dar los cristianos de hoy?

---

(2) *Mater et Magistra*. (en adelante *M. et M.*).

(3) *Mensaje de Navidad*, 1950.

### III.— *Tres respuestas*

Frente al drama del subdesarrollo hay tres respuestas del cristiano:

La primera es la asistencia: dar lo que se tiene al que carece. Sus formas son múltiples. La historia de la Iglesia puede presentar el testimonio elocuente de una asistencia que busca con espíritu fraternal remediar y aliviar las necesidades urgentes de nuestro prójimo.

La segunda es la justicia distributiva, que procura repartir equitativamente los bienes creados por Dios, para que lleguen a todos los hombres. “El más grave mal de nuestro tiempo, dice Pío XII, es la injusta distribución de los bienes”.

A partir de León XIII se levanta dentro de la Iglesia una corriente cada vez más fuerte que lucha por establecer una mejor justicia distributiva.

Frente a las injusticias de una economía deshumanizada, múltiples obras se esfuerzan por reivindicar los derechos de la persona humana y con ella la dignidad del trabajo, de su justa retribución, de la equitativa distribución de las ganancias y bienes.

Pero existe una tercera forma de ayuda, que sin suprimir las otras —siempre necesarias— viene a dar “al problema más importante de nuestra época” (4) su más amplia y radical solución: el desarrollo.

Una nueva medida de la caridad social golpea nuestra conciencia. Todo hombre, y con mayor razón el cristiano, tiene el deber de promover el desarrollo del país en el cual trabaja.

El cristiano no puede concretarse sólo a la asistencia, por muy laudable que ella sea. Ni puede tampoco detenerse en luchar por una más justa distribución de lo existente. Debe ir más allá, al incremento en forma continua de los bienes producidos cada año en el país.

No basta que un padre sea justo en la división del pan. Cuando la familia es numerosa y el pan pequeño, el amor a los hijos exige que se tomen todas las medidas necesarias para que aumente el suministro del pan.

Ahora bien, cuando la familia es el país o un continente entero, y cuando el pan significa toda clase de bienes de consumo, de capital y de prestación de servicios, el amor del prójimo y la preocupación del bien común nos imponen el deber del desarrollo como la expresión más urgente de nuestro deber social. Si la asistencia al necesitado es manifestación tangible de nuestro amor a Dios, más alta, más honda y más duradera es la acción que pone a pueblos y a hombres en condiciones normales de trabajo y de vida. Es la más bella y eficaz forma de solidaridad entre los individuos y naciones.

De ahí la insistencia de S. S. Juan XXIII sobre el desarrollo económico y el deber de los católicos y de los pueblos de promoverlo.

Pero, notemos bien, lo que la encíclica trata y le preocupa no es tanto el problema técnico, del cual los técnicos y economistas explicarán su magnitud y proceso, sino su aspecto humano.

A la luz de la encíclica, el desarrollo económico es parte integrante del desarrollo humano, instrumento de una meta más alta: la promoción humana.

De este desarrollo deben partir todos. Lo que importa no es tanto el aumento del producto total, como el aumento del producto por habitante.

---

(4) *M. et M.*

“Creemos oportuno, dice la encíclica, llamar la atención de todos sobre un precepto gravísimo de justicia social, a saber: que el desarrollo económico debe ir acompañado con el progreso social, de suerte que de los aumentos productivos tengan que participar todas las categorías de ciudadanos... De donde se sigue que la prosperidad económica de un pueblo no consiste tanto en la abundancia de bienes, sino más bien en la real y eficiente distribución según la justicia”. (5).

En contraposición a la economía del lucro, aparece en el pensamiento de la Iglesia una meta más alta: la economía de necesidades.

Hace ya 20 años un grupo de sociólogos católicos lanzaba el *Manifiesto de Economía y Humanismo*, afirmando:

“Queremos construir una economía de dimensiones humanas, en la que una masa de bienes tan abundante como sea posible, sea repartida según el orden de urgencia vital de todos y no según la jerarquía de sus capacidades de pago”. (6).

En otras palabras, el fin primero de la producción es satisfacer las necesidades fundamentales del hombre. Se produce ante todo para consumir y no para luchar. Es el eco de la *Sertum Laetitia* de Pío XII, cuando dice:

“...El punto fundamental de la cuestión social es que los bienes creados por Dios para todos los hombres, sean equitativamente repartidos, con la justicia como guía y con la caridad como apoyo”. (7).

#### IV.— *Promoción humana*

Para que el desarrollo económico tenga un sentido humano, es forzoso que contemple otros aspectos, no reduciéndose al simple crecimiento del ingreso “per capita”.

En la gran visión de la *Mater et Magistra*, podemos hablar de verdadero desarrollo cuando al aumentar la disponibilidad de bienes y servicios no hay empeoramiento en los demás aspectos socio-culturales del hombre. Sería, por tanto, absurdo, llamar desarrollo económico al aumento del producto por habitante que implicara un empeoramiento de la situación humana total de la gran masa de la población.

Una concepción materialista del hombre y de la economía, que es fácil encontrar en las dos posiciones extremas que hoy dividen al mundo, preconiza métodos que si bien pueden favorecer el desarrollo económico, olvidan que su finalidad es la promoción del hombre, su plenitud total. Más que desarrollar economías la Iglesia quiere elevar a los pueblos.

No se puede subestimar al hombre. Todo desarrollo económico tiene que tomar al hombre total en su realidad moral, religiosa, cultural y social.

Se habla de promover el desarrollo económico por reducción del tiempo libre, por limitación artificial de los hijos, por capitalización de bienes, etc., olvidando que hay bienes necesarios que el hombre requiere para su plenitud total, que hay una conciencia libre que debe ser respetada, que hay niveles de consumo que no pueden impunemente transgredirse sin caer en niveles de miseria. En una palabra, que el criterio de eficacia no puede ser la norma suprema de la filosofía cristiana, basada en la eminente dignidad de la persona humana.

---

(5) *Ibidem*.

(6) Santiago, Ed. del Pacífico, I-E. P., 1975.

(7) *Sertum Laetitia*.

Ni pueden tampoco los países acumular sus productos por habitantes, a base de explotación económica de otros países o territorios. Tal explotación basaría el mejoramiento del standard de vida de un país, sobre el sacrificio del standard de los pobladores de otra región.

Si bien en el desarrollo económico intervienen inversiones financieras, capitales, ayuda técnica, etc. —elementos todos importantes y necesarios— debemos sin embargo recordar que todos ellos están condicionados por la presencia de hombres debidamente preparados, que comprendan su misión y que la amen.

Una política de desarrollo es fruto de esfuerzos y éstos nacen de la convicción y adhesión del pueblo a esa misma política. No se trata sólo de implantar nuevas técnicas. Hoy como ayer y como siempre, son los grandes ideales los que mueven y cambian la faz de los pueblos. Para cambiar a las instituciones hay que cambiar primero a los hombres.

#### V.— *Responsabilidad del cristiano*

Si, como acabamos de decirlo, “el desarrollo económico debe ir acompañado y proporcionado con el progreso social” (8), y si el progreso social exige que todas las categorías de ciudadanos participen en él, de modo que las desigualdades económicas, lejos de intensificarse, se atenúen, si, en palabras de Pío XII:

“El conjunto de la economía permanece subordinado a un fin más alto, el de los valores trascendentes del espíritu”. (9).

Es evidente que este problema toca en forma viva y aguda la conciencia cristiana.

A veces, se escuchan razones, que sin ser falsas, no enfocan el problema en la hondura y trascendencia con que el cristiano debe contemplarlo.

Se dice, por ejemplo, que es necesario promover el desarrollo porque la miseria es surco apto al crecimiento de doctrinas destructoras. Se añade, que debemos realizar cambios estructurales requeridos por las tensiones sociales existentes. Sin entrar a considerar estas razones, debemos dar una mucho más profunda y categórica: el cristiano, en virtud de su mismo cristianismo, tiene un deber fundamental de promover todas las iniciativas, instituciones y actitudes personales que hagan posible el desarrollo económico entendido en la forma antes señalada. Existe para nosotros el deber de un esfuerzo generoso por poner a la disposición de nuestros hermanos una mayor cantidad de bienes y servicios para la satisfacción de sus necesidades. Este deber es tanto más grave y urgente, cuando se contempla la situación de miseria en que se encuentran nuestras sociedades subdesarrolladas.

“En esto, proclama Juan el Apóstol, hemos conocido la caridad de Dios, en que dio él su vida por nosotros, y así nosotros debemos estar prontos a dar la vida por nuestros hermanos. Quien tiene bienes de este mundo y, viendo a su hermano en necesidad, cierra las entrañas, ¿cómo es posible que resida en él la caridad de Dios?”. (10).

En el fondo, se trata de promover los valores y actitudes humanas que hagan a los cristianos más conscientes y más preocupados en el proceso productor de la sociedad, que valoren más esta forma humilde y escon-

(8) *M. et M.*

(9) Pío XII, 9-VI-1956.

(10) *1 Jn.* 3, 16.

dida de amor al prójimo y, por lo mismo, de auténtico sabor evangélico, en proveer a la cantidad de bienes y servicios. Que se preocupen más, a la luz del precepto máximo, del descubrimiento, movilización y utilización racional de los recursos económicos existentes en el país. Que consideren como un alto deber social el capacitarse técnicamente para los procesos productivos. Que busquen sin miras egoístas la mayor eficiencia de su propio trabajo, y que las necesidades del prójimo no las vean solamente en las manos temblorosas del mendigo, sino en el bullicio y actividad del mercado y de la empresa.

Hay instituciones sociales, actitudes humanas y sistemas de valores indispensables al desarrollo económico, ante los cuales el cristiano tiene un deber moral de adaptarse y promoverlos en la medida que existan.

Sin entrar a estudiarlos detenidamente, podemos señalar esos factores, que en último término inciden en un aumento de la producción:

- 1) Aquéllos que fortifican la decisión empresarial de producción;
- 2) Aquéllos que fomentan la acumulación de recursos productivos, necesarios para todo proceso de producción;
- 3) Aquéllos que fomentan la existencia de ciertos servicios, oscuros, pero necesarios, como es el caso de aquellas profesiones poco consideradas, pero absolutamente indispensables;
- 4) Aquéllos que fomentan el progreso de la tecnología, es decir, el empleo de las combinaciones técnicas más eficientes en el uso de los recursos específicos existentes.

Todos ellos, dentro de su tecnicismo y temporalidad, envuelven para el cristiano una obligación. Son índice de la voluntad de Dios sobre su acción; son invitación generosa a cooperar al plan creador; son llamados también a sentir la angustia universal; son expresión consciente y práctica de su solidaridad humana y cristiana; son, en último término, el encuentro siempre vivo con Cristo en los miembros de su místico Cuerpo. Porque si es magnífico ver a Francisco de Asís besando al leproso, y a los católicos promoviendo a través de instituciones diversas una mejor justicia entre los hombres, no es menos bello —aunque escondido en formas más silenciosas— el cristiano que ante el mundo subdesarrollado de hoy, sienta el llamado “a la grandiosa empresa” (Juan XXIII) de una nueva civilización que nace bajo el signo de la técnica y a la que hay que bautizar bajo el signo de la cruz.

Hay un deber, en consecuencia, de asimilar con claridad el progreso de la técnica para elevar el nivel de vida.

Pero el cristiano no puede desconocer, y esto forma parte también de su responsabilidad, que dicho progreso se ve a menudo detenido por frenos estructurales.

Cuando falta el sople de un espíritu civilizador en los dirigentes, cuando se olvida que las estructuras han de ser conformes a la dignidad del hombre, cuando “el espíritu técnico” que señalaba Pío XII, prevalece sobre el sentido humano, cuando el empresario, el profesional o el obrero miran como supremo fin “el mayor provecho de las fuerzas y de los elementos de la naturaleza” (11), olvidando el fin eminentemente humano de la empresa, se está frenando, consciente o inconscientemente, el desarrollo.

Las palabras de la encíclica abren en estas materias margen a una amplia meditación:

---

(11) Pío XII, *Mensaje de Navidad*, 24-XII-1953

"Por tanto, dice, si las estructuras, el funcionamiento, los ambientes son tales que comprometen la dignidad humana de cuantos ahí despliegan las propias actividades, o que les entorpecen en forma sistemática el sentido de responsabilidad, o constituye un impedimento para que pueda expresarse de cualquier modo su iniciativa personal; un tal sistema económico es injusto aún en el caso que, por hipótesis, la riqueza producida en él alcance altos niveles y sea distribuida según criterios de justicia y de equidad". (12).

Freno al desarrollo es también el espíritu de dominación indefinida, que tiende a reunir en las mismas manos el poder político y económico.

Pío XII decía en su discurso a la Rota Romana, que el autoritarismo se caracteriza por la distinción en la comunidad del grupo de dominadores y dominados.

Frente a estos frenos estructurales que detienen el desarrollo, el cristiano, fortalecido por las enseñanzas de la encíclica, debe oponer una actitud positiva, basada en el respeto de los derechos del hombre.

Dentro de esta visión es conveniente señalar, aunque sea de paso, un doble progreso en la maduración de la doctrina social de la Iglesia.

Es el primero, una moral de las inversiones en que "los deberes de los ricos se adaptan mejor a las necesidades económicas de la época".

"El empleo de las riquezas para la inversión apropiada al servicio de un desarrollo económico se convierte en un deber exigido por el bien común". (13).

El segundo, es el de la empresa considerada como comunidad. Ciertamente éste es uno de los puntos más nuevos y audaces de la encíclica.

"Hay que tender, dice el Papa, a hacer de la empresa una verdadera comunidad humana que marca profundamente un espíritu, las relaciones, las funciones y los deberes de cada uno de sus miembros".

Esta idea volverá a ser tomada por el Papa, cuando habla de la agricultura y preconiza "toda forma de explotación que sep resente como una verdadera comunidad humana".

Ambos están orientados hacia la idea central de la encíclica: dar el verdadero concepto del desarrollo económico-social, señalar sus exigencias cristianas, hacer sentir a los católicos su responsabilidad frente a los problemas de las multitudes, que no logran alcanzar un nivel humano de vida, mostrar la inmensa tarea que la hora presente nos exige, señalar las vastas perspectivas de una nueva civilización que se forma en el mundo de la técnica y de la economía, y a la cual hay que infundirle ese "suplemento de alma" que necesita.

Si Godofredo Kurth viviera, habría sin duda añadido un nuevo capítulo a su libro *L'Eglise aux tournants de l'Histoire*, (14), para mostrar ante el problema de un mundo en vertiginoso desarrollo, la nueva respuesta de la Iglesia en su encíclica *Mater et Magistra*.

En ella, S. S. Juan XXIII es maestro que enseña la verdad, es voz materna de la Iglesia que comparte las angustias de sus hijos, pero es sobre todo, profeta que mira más allá de la hora inmediata el gran proceso histórico que se desenvuelve y al cual, por solidaridad humana, por conciencia cristiana y por sentido de Iglesia nos corresponde plenamente participar.

(12) *M. et M.*

(13) P. Ph. Laurent, S. J.

(14) *La Iglesia en las encrucijadas de la historia.*

El valor principal de la encíclica no es solamente la claridad con que señala los problemas o la justicia con que muestra las soluciones; es sobre todo el hacernos sentir ante ella y ante el problema del desarrollo económico, que esto no es algo ajeno a nuestro cristianismo ni a los deberes que nuestra misma condición de tales nos impone ante la comunidad humana.

Es recordarnos que la conquista de la vida eterna, meta suprema del cristiano, está condicionada a nuestras actuaciones en esta vida presente. Que la confianza en Dios y el abandono a la providencia, lejos de llevarnos a la inacción, son un motivo más para modelar y mejorar nuestra condición existencial. Que la investigación científica en su recta concepción es un esfuerzo para conocer mejor a Dios a través de sus obras. Que el misterio de la Encarnación preside nuestra vida espiritual enseñándonos a buscar a Dios en las tareas concretas de nuestra vida y, en consecuencia, cuando con mirada cristiana contemplamos los problemas que el desarrollo económico y social encierra y tratamos de darle una respuesta, estamos colaborando a la realización del plan divino de la creación y haciendo posible y deseable para inmensas multitudes la vida cristiana.

Una meditación. Un signo. Un llamado.

La Encíclica *Mater et Magistra* nos hace meditar frente al problema urgente del desarrollo, nos habla de nuestra responsabilidad ante la comunidad humana, de cuyos problemas somos doblemente solidarios, en virtud de nuestro deber social y cristiano.

La palabra pontificia, en una línea no interrumpida, viene a recordarnos que el católico, si es miembro de la Iglesia, es al mismo tiempo ciudadano del mundo y que con Tertuliano (15) ha de saber repetir: "Soy hombre y nada de lo que es humano lo reputo extraño a mí".

La Encíclica *Mater et Magistra* es un signo.

De la Iglesia trascendente que lleva al hombre hacia Dios, de la Iglesia encarnada que se injerta en las fibras profundas de la vida, del misterio redentor que viene a salvar a todo el hombre y a darle su sentido eterno a los valores temporales, del reino de Dios que avanza en las oscuras aguas de la historia, de las implicaciones del mandamiento supremo: no se puede amar a Dios sin amar a sus hermanos ni podemos evadirnos en nombre de un falso espiritualismo de nuestras tareas terrestres. La Encíclica *Mater et Magistra* es el signo de la presencia de la Iglesia ante nuestro siglo XX para asumir sus valores y proyectarlo en el plan de la redención. "Porque el Hijo del Hombre no vino a condenar al mundo sino a que el mundo sea salvado por El". (16).

Pero es también, y sobre todo un "llamado".

a) A tomar conciencia de la hora del mundo y de la Iglesia. Muchos cristianos no la tienen o no quieren tenerla. Siguen pensando que nada o casi nada ha pasado en los últimos años.

Parecen ignorar la tragedia del subdesarrollo y la urgencia apremiante de darle al desarrollo su sentido humano y cristiano.

No han tomado conciencia que la Iglesia docente, la que enseña el mensaje y lo adapta a los problemas cambiantes de la historia, lo ha dicho con especial insistencia y firmeza.

"Somos no sólo los espectadores sino que los actores de la tragedia que ha de revolucionar al mundo". (17).

(15) Tertuliano: Apologista cristiano nacido en Cartago, que vivió entre 160-240. Comparó la herejía de Montano.

(16) *Jn.* 3, 17.

(17) Pío XII.

La Iglesia ha dado su respuesta al desafío de la historia. Pero los hombres con frecuencia, no han querido escucharla ni aplicarla.

Habló León XIII y Pío XI nos dice cómo fue recibida por muchos su palabra:

“Recibieron con recelo y hasta con escándalo la doctrina de León XIII tan noble y tan profunda, y que a los oídos mundanos sonaba como totalmente nueva”.

“Los aferrados en demasía a lo antiguo desdijeron aprender esta nueva filosofía social y los de espíritu apocado temieron subir hacia aquellas cumbres”.

“Tampoco faltaron quienes admiraron aquella claridad pero la juzgaron como un ensueño de perfección, deseable más no realizable”. (18).

No podemos cerrar los ojos ante los hechos ni tampoco atemorizarnos ante ellos.

Hay que saber leer los signos de los tiempos, comprender a través de ellos la hora del mundo y darles la respuesta esperada.

La *Mater et Magistra* es la respuesta de la Iglesia a esta hora del mundo en la cual el problema del desarrollo es, según palabra del Papa, “el más importante de nuestra época”.

b) La Encíclica de Juan XXIII es no sólo un llamado a la conciencia sino especialmente a la acción.

No basta apreciar sus enseñanzas. Hay que ponerlas en práctica. “La efectividad de la Madre, ha dicho el Papa, depende de la generosidad de sus hijos”. (19).

Sabremos poner en práctica esas directivas que nos dan la visión de lo que el mundo y la Iglesia esperan de los católicos en esta segunda mitad del siglo XX.

“He leído en un diario suizo, dice un notable escritor español, que la *Mater et Magistra* debe ser ante todo un instrumento en nuestras manos”.

Esto es exacto. Y esta encíclica resume todo el espíritu de un siglo cristiano que comienza a dejar de lado la espada y se pone a estudiar los instrumentos; que abandona la palabra “defensores” por la de “constructores”; que quiere poner en práctica las palabras de Pío XII: “No quejas sino acción”.

“El Papa nos ha puesto en las manos un instrumento. No hay insulto más grave hacia un instrumento que el declararlo precioso y dejarlo dormir”. (20).

No podemos, ante las palabras surgientes de Roma, permanecer impacibles ni seguir defendiendo situaciones que no responden sino se oponen a lo querido por Dios.

“No podemos decir: el problema del desarrollo no nos interesa ni corresponde”, cuando Pío XI afirma: “Las condiciones actuales de la vida económica y social son tales, que un número considerable de hombres encuentra en ellas las más grandes dificultades para realizar la obra de su salvación eterna”. (21).

---

(18) *Quadragesimo Anno*.

(19) *Mater et Magistra*

(20) P. Martín Descalzo, *Gaceta del Norte*, 23-VIII-1961.

(21) *Quadragesimo Anno*.

Es precisamente nuestro deber apostólico, nuestra participación en la obra redentora la que nos está obligando a seguir la línea que los Pontífices nos marcan, y que culminan en la *Mater et Magistra*, el documento de la exigencia cristiana del desarrollo económico y social.

c) La *Mater et Magistra* es un llamado a escuchar el grito del mundo y de la Iglesia. ¿Tenemos conciencia de la tragedia del mundo subdesarrollado y en consecuencia del imperioso deber del desarrollo?

Sigamos al Cardenal Feltrin, Arzobispo de París:

“En un mundo que cuenta un hombre más por segundo, no hay derecho a estar una hora en retraso”.

“La miseria no espera; dos hombres por cada tres tienen hambre. Casi un hombre por cada dos no sabe leer. Cada año por cincuenta millones de muertes, hay treinta a cuarenta provocadas por el hambre y sus consecuencias, es decir, tantos como en la última guerra en cinco años, con su arsenal de destrucción masiva”.

“Si no somos directamente criminales, ¿Aceptaremos ser condenados por delito de omisión? ¿Qué vas a hacer por tu hermano? He aquí el interrogante que Dios pone a nuestra generación”. (22).

No podemos cerrar los ojos a la realidad del mundo y los oídos a la voz de la Iglesia. No podemos permitir que el grito de angustia de ambos resuene como un clamor vano en la noche desierta.

Pero si la *Mater et Magistra* envuelve un llamado general a todos los católicos, encierra también uno particular a las diferentes categorías y actividades humanas.

Los laicos tienen una misión clara y precisa, que yo estoy cierto que el próximo Concilio pondrá especialmente en relieve: vivificar desde dentro las estructuras temporales en las cuales desarrollan sus actividades. Humanizar esas estructuras y hacerlas aptas a la evangelización es, ciertamente, una de las grandes tareas laicales de la hora presente. Su misión no es de colocar un signo cristiano como cartel sobre un muro, sino asumir y cristianizar todos los valores profanos del mundo de hoy.

Hay una espiritualidad del Laico, y en ella cabe lo que podríamos llamar la espiritualidad del desarrollo.

Es el llamado particular que la Iglesia hace en esta hora:

“Los fieles, y más especialmente los laicos, dijo en memorable discurso Pío XII, se encuentran en las primeras filas de la vida de la Iglesia; a través de ellos, la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana”. (23).

La Iglesia llama a construir un mundo mejor, a darle a un desarrollo técnico su finalidad superior. Devolver, a través de los laicos, su destino divino a las actividades de la ciudad temporal.

Llama a los empresarios no sólo a una sana gestión de la economía, sino a la solución de los problemas más amplios que plantean la vida de la nación, del continente y del mundo. A ser creadores de bienes precursores de servicio, a tomar su función como una verdadera responsabilidad de Iglesia.

Llama a los maestros y educadores al hacerles ver que más allá de su función docente se encierra un servicio a la comunidad y el ejercicio de una forma alta y sublime de la caridad social.

Llama a los empleados de servicios públicos para mostrarles que sus cargos no son una fría carrera administrativa, ni un medio digno de sustentación sino la prestación de sus energías al bien común de la sociedad

(22) 11-IX-1960.

(23) 12-III-1943.

y que su cumplimiento hecho en esta finalidad y en este espíritu, nos acerca a los hermanos y a Dios.

Llama a los obreros y a través de sus tareas oscuras y pesadas les señala la perspectiva de un mundo nuevo que construir, de una sociedad más equitativa, donde la suma de estos esfuerzos contribuyen a la felicidad de todos.

Llama a las profesiones y les dice que su actividad no es una fuente egoísta de lucro, sino el aporte a la estructuración de un mundo mejor.

Llama a los intelectuales y les recuerda que sus estudios e investigaciones no son satisfacción egoísta de una búsqueda científica, sino nuevos aportes al crecimiento de un mundo que pueda satisfacer las necesidades fundamentales del hombre.

Yo veo, señores, una teología de las actividades humanas que se elabora, orientada en la mística del servicio.

Tal como Cristo, que no vino a ser servido sino a servir. Tal como la Iglesia —Madre y Maestra— que engendra, nutre, protege y enseña. Tal como su Jefe Supremo, que no encuentra título más alto y honroso con que calificarse que el de "siervo de los siervos de Dios".

Y esa mística del servicio no es otra cosa sino la expresión de la caridad.

De ahí que este llamado a la espiritualidad del desarrollo lleva consigo dolorosas tensiones, amargos renunciamientos, olvido de sí mismo, visión constante de Cristo a quien amamos en los miembros de su Místico Cuerpo.

Y porque la inspira el amor, esa espiritualidad se sella con la Cruz. No hay otra forma de redención ni otro secreto de éxito.

Hay que morir para vivir. El misterio de la Cruz siempre está vivo para el cristiano. Hay un éxodo de la humanidad que anhela salir de la esclavitud y llegar a la tierra prometida. Todo éxodo es un pasar por el desierto, es caminar sobre la arena candente y las piedras calcinadas; pero es un avanzar hacia adelante.

Una espiritualidad del desarrollo es un salir de las concepciones egoístas, utilitarias, individualistas, o mezquinas, para orientar la actividad particular en una mística de servicio, de amor generoso, de visión del mundo nuevo que construir.

Encíclica *Mater et Magistra*.

Una meditación. Un signo. Y un llamado.

Ella aparece como una claridad grande en el cielo oscuro de la historia presente.

Ella nos abre a la esperanza.

Habla Juan XXIII en su encíclica y nos dice:

"Nuestra época está agobiada y penetrada de errores radicales, está desgarrada y alterada con profundos desórdenes, pero es también una época que abre inmensas posibilidades al espíritu combativo de la Iglesia". (24).

Su Santidad Juan XXIII nos invita en este gran documento a cooperar "en la edificación de una Ciudad nueva junto a la antigua fuente de gracia y de verdad" (25).

El mundo espera un orden a la medida de los hombres y a la altura de Dios. La Encíclica nos lo señala.

Nuestro deber es trabajar por su advenimiento.

Es la gran tarea y la suprema esperanza de esta hora.

(24) *M. et M.*

(25) *Ibidem.*

## EL HOMBRE Y EL MUNDO (1) (1962)?

Para tener una visión cristiana del hombre es necesario que al mismo tiempo tengamos una visión cristiana del cosmos, del mundo. Porque al hombre para comprenderlo y para verlo en sus relaciones, tenemos que considerarlo, no como un ente abstracto, aislado, sino como algo real, viviente en el mundo. De manera que, cuanto mejor tengamos la visión cristiana del cosmos, nos ayudará para ir teniendo la visión cristiana del hombre.

1.—

Como un antecedente para esta visión cristiana del mundo, del cosmos, podemos notar tres tendencias, que podríamos decir que se disputan el campo de la ideología, de la filosofía. Algunas de ellas, como lo diremos en seguida, condenadas, pero que en cierta manera se han mezclado en el curso de los dos mil años de cristianismo, a las concepciones que los hombres se han hecho del mundo.

A la 1ª tendencia yo la llamaría el *optimismo bíblico*.

La 2ª tendencia es el *racionalismo griego*.

Y la 3ª tendencia, el *dualismo oriental*. Son las tres tendencias fundamentales que tienden a dar una explicación del cosmos y del hombre.

Vamos a enunciar cada una de ellas.

1) En primer lugar, la visión bíblica, o sea el optimismo bíblico. A mi juicio, está condensado en una frase que se repite en el Cap. I del *Génesis*. Al narrar cada una de las etapas de la creación y, sobre todo, al terminar todo el relato de la cosmogonía mosaica, es decir, la narración de la creación, el *Génesis* termina siempre con esta frase: "Y vio Dios todo lo que hizo, y era muy bueno". "Et erant valde bona", es decir, en plural; en traducción directa del latín "y eran muy buenas". Vio Dios todas las cosas hechas y eran muy buenas. Esta es la base del optimismo bíblico. Este optimismo, uno lo nota de una manera especial (no voy a entrar en citas, porque sería tema para una disertación este tema solo), lo nota de una manera especial en los salmos. Por ejemplo, aquel Salmo que conocemos, "los cielos narran la gloria de Dios y el universo canta la obra de sus manos": El Salmo 103, que es, en realidad, como todo, un himno maravilloso a la creación.

A través de toda la Biblia y, de una manera especial del Antiguo Testamento, aparece este optimismo: las cosas creadas por Dios, son muy buenas. Este optimismo podríamos nosotros sintetizarlo en tres pensamientos:

- a) el mundo es obra de Dios;
- b) viene de Dios; y
- c) es como el resplandor del poder de Dios. El mundo expresa a Dios; por ejemplo, cuando la Biblia habla de los fenómenos de la naturaleza, "la fuerza de la tempestad", "el fuego que consume", esa frase tan

---

(1) Conferencia centrada en la visión cristiana y teológica del hombre en el mundo, cuyos destinatarios no aparecen en el escrito.

hermosa del Libro de los Reyes "el silbo suave del aura", (2) están indicando siempre la acción de Dios. Es una acción que se expresa a veces, en el poder de la tempestad; a veces, en la suavidad de la brisa, en diversas formas, pero siempre la creación expresa a Dios.

Y al afirmar esto no caemos en el panteísmo; esto no es panteísmo, sino que es la expresión de Dios.

Y el mundo es el signo de Dios. En realidad son tres ideas que podríamos sacar de este optimismo bíblico: el mundo es obra de Dios, el mundo expresa a Dios y el mundo es signo de Dios. Cuanto más nosotros nos empapamos de la visión bíblica del hombre, de la creación, del mundo, mejor vemos el resplandor de Dios en la obra de sus manos. Esta idea que, como digo, aparece bastante fuerte en el Antiguo Testamento, es confirmada por Cristo, es el optimismo evangélico.

Siempre, si Uds. se fijan en los Evangelios, las comparaciones de Cristo son tomadas de la naturaleza: los lirios del campo, la hierba, la semilla, la sal de la tierra, etc. Siempre entramos en esta idea: Cristo confirma. Y no solamente esto, sino que muestra Cristo como el mal es obra del malvado. No es obra de la naturaleza. El enemigo del hombre (acuérdense de la parábola aquella) fue el que sembró la cizaña en el trigo, mientras el dueño de la heredad dormía. (3). El autor es el malvado, no es la naturaleza misma. Por lo tanto (aquí respondo a una pregunta entre las múltiples) el hombre no tiende al mal deliberadamente. El mal es causa deficiente, no es causa eficiente de su actividad. Es decir, el mal no es el que empuja al hombre a obrar, sino que es la falta de bien la que hace que el hombre caiga. En otras palabras, en lenguaje cristiano, la falta de la gracia.

Cristo asocia la materia a su obra redentora. Si Uds. se fijan cómo en los milagros de Cristo, en las obras que Cristo instituye, la materia es vehículo, es instrumento de gracia. Tomó un poco de lodo y lo puso sobre los ojos del ciego. (4). No era necesario, no era un remedio ciertamente. En seguida, siempre los elementos tomados por Cristo, el agua por ejemplo: "Y si no naciereis del agua y del Espíritu" (del agua y del Espíritu, las dos cosas) "no entraréis en el reino de Dios" (5), etc. El pan, el vino, son los instrumentos, la materia ennoblecida. Sobre esta idea de que Cristo asocia la materia a su obra redentora, podríamos prolongarnos enormemente en este capítulo, diciendo cómo la Iglesia ha tomado en su liturgia la materia y la ha hecho signo de las cosas sagradas. Sabemos que, en los Sacramentos hay materia y forma y que, la materia y la forma expresan y realizan la Gracia que el Sacramento confiere, pero no podemos extendernos porque nos saldríamos del tema.

Hay otra idea enorme en San Pablo, siempre esta misma idea; dice San Pablo hablando de la realeza de Cristo, que ha venido a restaurar todas las cosas. "Quizo Dios" dice "instaurare omnia in Christo". (6). La palabra "instaurare", en realidad tiene, en su traducción griega, un valor mucho más rico que solamente el de "restablecer". Es como consolidar, es como rehacer. Y no solamente al hombre, sino que quizo rehacer toda la creación. Y he ahí, esa expresión maravillosa de San Pablo, cuando dice que "la creación gime, como en dolores de alumbramiento, esperando su

---

(2) Tr.: El soplo suave del viento.

(3) Mt. 13, 24-30.

(4) Jn. 9, 6.

(5) Jn. 3, 5.

(6) Ef. 1, 10.

redención". (7). Hablamos solamente de la creación. Todavía no tocamos el punto de la Redención. Esto es, en breves palabras, la visión del optimismo bíblico.

2) La visión Griega es lo que yo llamo el pesimismo griego: el cuerpo es la cárcel del espíritu; el hombre está sujeto al "fatum", el destino; la "moira", es decir, el destino irreversible.

Para Platón, el cuerpo oscurece la inteligencia. Sólo abstrayéndose de la materia, es como el hombre realiza su perfección. El ideal de Aristóteles y de todos los neo-platónicos, es un ideal netamente cerebral, racional. Y curioso, las primeras herejías que nacen en el comienzo del cristianismo, vienen de esta fuente, de esta tendencia. La primera herejía, fue la de los cuando la materia es mala?; como no tenía cuerpo, el cuerpo de Cristo no era más que un fantasma. Y entonces, para responder a esta herejía, responde San Juan en su Evangelio: "Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". (8).

3) Y la tercera visión, diríamos, (hemos hablado de optimismo bíblico y de racionalismo griego) es el dualismo oriental. Viene del Oriente. Esta visión es la siguiente: Hay dos principios: el bien y el mal. El mundo es el teatro donde estos dos principios luchan. De donde, el hombre, cuanto más se desprende de lo material, va a estar más libre del mal. Y de ahí nace una serie de herejías, para no nombrar, sino el maniqueísmo antiguo; el catarismo al comienzo de la Edad Media, etc. Pero no cabe duda que son las tres grandes tendencias que explican o quieren explicar el mundo: el optimismo bíblico, el racionalismo griego y el dualismo oriental. Y digamos aquí, que los que mejor han comprendido esto, son los místicos. Yo quisiera citar nada más que dos obras maravillosas. San Francisco de Asís en el "Canto de la Creación" y, el "Cántico de las Creaturas", de San Juan de la Cruz. Son ciertamente dos obras maestras, no solamente de la poesía italiana y española, sino que son al mismo tiempo, la expresión vivísima de esta visión optimista. "Lodato sia il mio alto Signore". ¿Por qué va a ser alabado el alto Señor? Por el hermano sol, etc... y viene el Canto de la Creación de San Francisco. Y San Juan de la Cruz, cuando dice esa estrofa:

"mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura  
y yéndolos mirando,  
con sólo su figura,  
vestidos los dejó  
con su hermosura".

Pasó y entonces el alma pregunta a las creaturas, a los montes, a los collados, a los prados, etc. "decid si por vosotros ha pasado", etc. No cabe duda que ambas poesías, el "Cántico de las Creaturas" de San Juan de la Cruz y el "Cántico de la Creación" de San Francisco, son la expresión viva, no ya en términos filosóficos o teológicos, sino en términos de una vivencia que se encarna en el sentimiento y se expresa en la oración; más aún, que se hace oración, que es la vivencia más perfecta del hombre.

Entremos ahora a lo que yo podría llamar la teología del cosmos, de la creación. Permítanme una pequeña reflexión: muchas veces nosotros

---

(7) Rm. 8, 22.

(8) Jn. 1, 14.

los cristianos, necesitamos del acicate del mal, para hacer el bien. Hemos necesitado del materialismo actual, para ponernos el problema de la teología de la materia.

Esta teología del cosmos, yo la pondría en tres planos. Primer plano: la Creación. El mundo, ya lo dijimos, expresa y refleja a Dios. Pero, este es su valor a la materia. La Providencia no interviene en forma milagrosa, de Dios y, Dios va actuando a través de las causas segundas, dándole así como milagro. Ordinariamente, no interviene en forma extraordinaria; lo hace por las causas segundas y entonces, al intervenir por las causas segundas, Dios le da a la materia, a lo temporal, a lo humano, su verdadero valor. (No es ningún milagro que no haya llovido durante el Campeonato. Debe deberse a una serie de factores que sabrán en el Observatorio Meteorológico. Pero no cabe duda de que fue una Providencia que no hubiera uno de esos aguaceros de 20 días que a veces suele haber entre Mayo y Junio y entre Junio y Julio).

En las causas segundas, Dios obra con la Providencia.

Segundo plano de esta teología del cosmos: la misión del hombre. El hombre responde al Creador expresando, por medio del mundo material, el pensamiento humano que es un homenaje al Creador. El hombre conoce a través de las creaturas; el hombre piensa y su pensamiento es un homenaje al Creador. Y en este plan, lo vamos a decir después, entran todos los valores humanos. La civilización, la exploración del mundo, los descubrimientos científicos, la utilización del hombre; y, con esto que señalo así, en términos generales, todos los problemas humanos: los problemas intelectuales, los problemas materiales, los problemas sociales, que están ligados al mundo material. Este es el segundo plano de la teología del cosmos.

El tercer plano, es la Redención. Este mundo, creado por Dios, y gobernado por su Providencia. (Perdonen a un liturgista empedernido que siempre vuelva a las cosas litúrgicas. El Sábado, rezamos una oración maravillosa, que dice así: "cuius sapientia conditi sumus et providentia gubernamur", "hemos sido creados por su sabiduría y gobernados por su providencia". Todo un tratado de lo que estamos diciendo). Ese mundo creado por Dios y en el cual Dios sigue presente por su Providencia, tiene el hombre como centro. Pero ese hombre vive en medio de un mundo material. Y, en ese plano, ese hombre tiene que incorporar a sí la *civilización*, es decir, la *exploración* del mundo, con lo que significa de investigación científica, técnica, etc., y la *utilización* del hombre, con lo que significa de problemas humanos, intelectuales, sociales, etc.

Y, plano tercero de esta teología del cosmos, el hombre ha sido elevado por Dios, por Cristo, para participar de la vida divina. Entramos aquí en el plano de lo sobrenatural, en el plano de la Redención, es decir donde el hombre, bajo el impulso de la gracia y unido a Cristo, en su Cuerpo Místico, transforma el Universo en Cristo, hace participantes a todas esas fuerzas materiales que están en el mundo, que se llaman trabajo, que se llaman esfuerzo, que se llaman técnica, que se llaman arte, etc., lo hace participante de esa gracia de la redención, lo eleva al plano superior, es decir, al plano de la Redención en Cristo. Podríamos decir, entonces, que estos son los tres planos de una teología: Creación, Misión del Hombre, Redención.

Dos conclusiones que habría que sacar de aquí. El valor de la materia viene del espíritu. San Agustín dice que el pecado, no viene de la corrupción de la carne, sino, que la corrupción de la carne viene del espíritu. Parece curioso eso, pero es así y, más prueba, el Evangelio: "si tu ojo es simple, todo tu cuerpo será resplandeciente, pero si tu ojo es malvado, todo

tu cuerpo será tenebroso", (9) y no olvidemos que el demonio, expresión absoluta del mal, es un espíritu. Y segunda conclusión: la belleza del mundo es expresión de Dios y lo que el hombre le añade, es expresión de su espíritu. Por eso, en esta forma la materia pasa a ser instrumento de la gracia. Y, este es el valor, el significado que la materia tiene en la Liturgia.

Yo me permito recomendarles un librito, lo deben conocer, pequeñito, *Los Santos Signos*, de Romano Guardini. (10). Trata precisamente de todos esos signos sagrados, sobre los cuales nosotros pasamos totalmente desapercibidos, que son cosas materiales: el agua, el aceite, la sal, el fuego, el incienso, etc.; el signo de la cruz, los brazos extendidos, las manos juntas, todos esos signos corporales, todas esas cosas materiales, como han sido incorporadas por la Liturgia, es decir, por la Iglesia, porque la Liturgia no es sino la voz de la Iglesia, la voz de la Esposa, han sido incorporadas en el plano redentor.

Y es así que centrándonos en una filosofía y teología del cosmos, viendo el lugar de la materia y del espíritu, es como nos alejamos de los dos grandes peligros que siempre amenazan al cristianismo: el racionalismo, que es la autosuficiencia de la inteligencia, la inteligencia desencarnada; y el materialismo, que es el entusiasmo por la materia, sin reconocer en ella la marca del espíritu. Son los dos grandes peligros.

Una de las grandes lagunas de nuestra cultura cristiana, es la ignorancia de la Historia de la Iglesia que tenemos. Yo estoy convencido que nosotros no podremos nunca tener una visión de la Iglesia, podremos tener una visión filosófica, teológica, pero no una visión viviente, real, encarnada, si no tenemos una visión de su Historia. Cuando nosotros vamos viendo los veinte siglos del cristianismo, y vamos viendo que la Iglesia está formada por hombres, la Iglesia vive en el tiempo, la Iglesia ha tenido oscilaciones; la Iglesia, no; los hombres de la Iglesia. Ha habido corrientes: a veces, el racionalismo; a veces, el materialismo y en último término qué cosa es: es habernos olvidado de estas verdades fundamentales que orientan la teología del cosmos.

Con esto que hemos dicho, damos una respuesta a qué cosa es el hombre.

Dios crea los dos elementos constitutivos del hombre: el alma y el cuerpo. El cómo los crea, no es enseñado por la Biblia ni por definición alguna. Así es que todas esas objeciones que nacen contra la Cosmogonía Mosaica, etc., del Evolucionismo, no hay ninguna palabra de la Biblia, no hay ninguna definición que diga *cómo*: dice el hecho.

Hay una frase de Santo Tomás que, me parece a mí, precisa maravillosamente el lugar del hombre: "el hombre es como un horizonte y un confín, un límite entre lo corpóreo y lo incorpóreo". (11). Es decir, es como el que está en el límite del mundo de la materia y del mundo del espíritu perteneciendo a ambos. Es como un horizonte. El horizonte es el sitio donde aparentemente se juntan el cielo con el mar, el cielo con la tierra.

Precisamente. Primer lugar, elemento: cuerpo. Ya dijimos que la Iglesia no acepta y que ha condenado, si Uds. estudian la historia de los ocho primeros siglos de la Iglesia, verán que la mayor parte de las herejías condenadas en esta época son contra los que quieren decir que la materia es mala. El cuerpo, es el medio de acción del alma. Y ahí viene entonces, el aforismo, el principio, que sirve de base a los escolásticos: nada hay en el

(9) Mt. 6, 22-23.

(10) GUARDINI, Romano: Teólogo católico, alemán, contemporáneo.

(11) *Suma Contra Gentiles*, II, 68.

entendimiento que primero no haya estado en los sentidos. Segundo, es medio de expresión del alma. La palabra de Dios. Es por donde se expresa el pensamiento divino. Se expresa por hombres, se expresa por la voz de los hombres, por la locución humana. Y es también un medio cómo el hombre, el cuerpo, se une y comulga con los otros seres, con sus hermanos. Entonces, el cuerpo es un medio de acción del alma, es un medio de expresión del alma y es un medio para unirse y comunicarse con nuestros hermanos.

Segundo elemento. El alma. Dice la filosofía tres cosas del alma: que es simple, que es espiritual y que es inmortal.

Que es simple, quiere decir que no está compuesta de partes; que es espiritual, quiere decir que no depende de la materia ni en el ser ni en el obrar y, que es inmortal, que sobrevive. Cuerpo y alma forman al hombre. Y es ahí donde se encuentran el espíritu y la materia. Donde el espíritu obra sobre la materia y la materia es instrumento del espíritu. De ahí que el esplendor de la materia viene del espíritu. Este cuerpo y alma forman la unidad del hombre. Dos principios, cuerpo y alma, que constituyen una sola naturaleza específica; y así entonces, el hombre pasa a ser el centro de la creación, donde todo el plan creador converge. Es como el microcosmos, un mundo en pequeño. De estas ideas sale el concepto de persona humana. La mejor definición de persona humana que yo conozco, es bastante antigua, es del filósofo Boecio (12) y dice: "sustancia individua, en una naturaleza racional". (13).

"Sustancia", es lo que posee todos los elementos de un ser que actúa. Es la que sostiene todos los elementos que dan la realidad a un ser. "Individua", que se distingue de otras. Lo "racional": lo que constituye a la persona, es que esa sustancia individua, subsiste en una naturaleza intelectual. Y esto es lo que le da a la persona humana, las tres grandes características: la libertad, la racionalidad y, como consecuencia de ambas, la responsabilidad.

La libertad es la elección de medios, poder elegir entre una cosa y otra. La racionalidad, la facultad de pensar, de raciocinar, de discutir, de reflexionar, es decir, de volver sobre sí mismo. Y como consecuencia de una acción libre y racional, el que él sea responsable de esa acción. Yo creo que es muy importante hacer ver que la individuación viene de la materia y la personalidad viene del espíritu, de la racionalidad. De manera que el hombre es verdaderamente persona en la medida de que la vida del espíritu y de la libertad dominan sobre los sentidos. Y eso es lo que va constituyendo la persona del hombre. En la medida en que el hombre es libre, es racional y es responsable. (Les recomiendo un librito que no sé si ha sido traducido, de Maritain, que se llama *La Persona y el Bien Común*).

Este hombre, formado de cuerpo y alma, que forma una unidad sustancial, que se llama el hombre y que constituye la persona humana, es decir, un ser que subsiste en una naturaleza racional y que, por consiguiente, está dotado de libertad, de racionalidad y de responsabilidad, ha sido elevado por Cristo a la vida sobrenatural, es decir, a la Redención.

Todo el Nuevo Testamento reposa sobre un hecho central: el Verbo se hizo carne. Y esto tiene una trascendencia en la vida del hombre y del mundo, extraordinaria. Significa que el Verbo, Dios, se unió a la materia.

---

(12) BOECIO, Severino: Filósofo cristiano, nacido en Roma alrededor del año 480. Tradujo varias obras de filósofos griegos al latín. Célebre en el ámbito de la lógica y por su método, anticipo de la Escolástica.

(13) Cfr.: *Liber De Persona et Duabus Naturis Christi Contra Eutychen et Nestorium*.

Y que en Cristo, la materia está unida a la divinidad o, mejor dicho, la divinidad está unida a la materia. Y que precisamente por esta unión de la divinidad, del Verbo, en Cristo, es como el Universo debe ser transformado, tiene la base de su transformación.

¿Por qué hemos de resucitar? Porque Cristo ha resucitado: la "primicia de los que duermen", (14) dice San Pablo. Dios se ha unido a la materia. Dios se ha hecho hombre. Esto es muy importante. Porque nosotros hemos sufrido un poquito, por diversas causas. Esto es una causa que podríamos remontar al Renacimiento: una cierta deshumanización. (Cuando un padrecito predicaba y decía "Dios ha venido a salvar las almas", le dije "Padrecito, no, no es verdad, no ha venido a salvar las almas, ha venido a salvar los hombres"). Y por eso Dios se hizo hombre. Para salvar las almas, no se necesitaba que Dios se hiciera hombre. Vino a salvar al hombre, y el hombre no es alma, el hombre es cuerpo y alma.

El hombre es una unidad maravillosa. Y Cristo vino a salvar a los hombres y con los hombres; como el hombre es el centro del universo, vino a salvar la creación, vino a salvar toda la temporalidad. Cristo entró en la historia. Cristo está presente en la Historia.

Ese hombre, con la redención de Cristo, ha pasado a integrar un nuevo organismo espiritual, que se llama el Cuerpo Místico de Cristo.

En una de las innumerables preguntas había una que preguntaba si la Iglesia es parte de la ciudad temporal. No, no es parte. La Iglesia es un organismo perfecto, como lo es también el Estado, cada uno en su género, es decir perfecto, que alcanza sus fines propios.

Desde el instante en que el hombre pasa a integrar el Cuerpo Místico de Cristo, comienza a vivir otra realidad, sin dejar de vivir la primera, sin dejar de vivir esa realidad humana, esa realidad que lo pone en comunión con el cosmos, con lo temporal, con todo lo que dice relación con el hombre. Ese hombre ha comenzado a tener otra realidad, que es su solidaridad con Cristo en la Redención. Ese hombre ha sido asociado, tal como la palabra suena, es decir, Cristo se ha buscado un socio. San Pablo dice que los cristianos son la perfección de Cristo, la continuación de Cristo. Por lo tanto, el cristiano —ya no hablo sólo del hombre— es solidario con los hombres en participarles esa gracia.

Tiene una responsabilidad con Cristo y con los hombres, de participar esa gracia de la Redención, que Cristo les ha comunicado. Por lo tanto, de ahí nace una misión del cristiano, que es dilatar, hacer crecer el Cuerpo Místico de Cristo. Ese hombre cristiano, en lenguaje bíblico, se llama "hombre nuevo". (15). Posee una vida nueva, sin dejar de tener la otra. No son dos vidas, es la misma vida humana que se eleva. La gracia no destruye sino que perfecciona la naturaleza. Entonces, ese hombre comienza a vivir su vida de Hijo de Dios *en* su vida humana.

Pero todas estas cosas no las posee aún plenamente, las posee en prenda de una posesión definitiva, de ahí el estado de peregrino del hombre y de la humanidad. El mundo crece y el hombre debe contribuir al crecimiento del mundo. El mundo debe ser salvado y el hombre debe contribuir a la salvación de la humanidad. De manera que el hombre está incorporado en un doble movimiento: en el movimiento del crecimiento del mundo, que es la continuación de la obra creadora, y en el movimiento del crecimiento del Cuerpo Místico de Cristo, que es la continuación de la obra redentora.

---

(14) *I Co.* 15, 20

(15) *Col.* 3, 9.

El hombre está incorporado por su calidad de hombre y de cristiano *simultáneamente*. No son dos movimientos, es un solo movimiento vital, humano, pero de un hombre que al mismo tiempo tiene la gracia, tiene la participación a la Redención. Así es que por lo tanto, él está en el movimiento del mundo y él está en el movimiento de Dios. El movimiento del mundo que es el crecimiento hacia su perfección, y el crecimiento del Cuerpo Místico de Cristo, que es la integración de los hombres en el Misterio Salvador.

Y con esto yo llego a contestar la pregunta primera: ubicar al hombre junto a su doble responsabilidad, en la comunidad humana y en la eclesial. Precisemos. Doble responsabilidad; el sujeto es uno: el hombre, el hombre cristiano, el hombre redimido; el objeto es su responsabilidad frente a su misión en la vida. Y esa vida él la vive conjuntamente en el mundo y en la Iglesia. El vive su vida de cristiano *en* el mundo. Por eso, la ciudad temporal es distinta de la Iglesia, pero está en el orden de las cosas creadas, pero dice referencia a la Iglesia, en cuanto que es la que va disponiendo a que la obra redentora se perfeccione más y más. El hombre tiene dos tareas, pero una sola misión, que es colaborar en el plan de Dios. Y como el plan de Dios se realiza en el terreno de la Creación y de la Redención, él colabora en el plan de Dios en esta doble tarea.

Dijimos que el mundo refleja a Dios, que el hombre responde al Creador. De ahí, la exploración del mundo, los descubrimientos científicos. Cada vez que hay un descubrimiento científico, quiere decir que hay una fuente de libertad humana y de perfección humana; por lo tanto es un progreso del mundo, un progreso del hombre, y un caminar hacia Dios. Y entonces, nos quitamos de una vez por todas, ese terrible handicap que ha pesado tan fuerte, que es la expresión del racionalismo del siglo pasado, la oposición entre la ciencia y la fe. "La fe es oscurantismo, la ciencia es la luz", "el hombre que se libera del oscurantismo de la fe, es el hombre que penetra en la luz de la ciencia". Nosotros sabemos que, cuanto más progresa la ciencia, más se acerca el hombre a Dios, cuando se tiene una visión clara de lo que es la ciencia y de su ordenación hacia Dios. En ese sentido, hay un discurso extraordinario del Papa Pío XII sobre la energía atómica.

El desarrollo de la técnica hace posible utilizar el mundo material al servicio de Dios. Y entonces para nosotros, ningún problema material, ningún problema intelectual, ningún problema social, puede sernos extraño. Porque todo problema está ligado al hombre, a su perfeccionamiento y, por lo tanto, está ligado al plan de Dios. Yo a veces oigo críticas como éstas: "antes los curas nos hablaban de devociones, ahora nos hablan de la cuestión social". Si hablan sólo de cuestión social, quiere decir que habría un unilateralismo, que sería erróneo.

Pero ciertamente que la Iglesia, llámese el Papa en sus Encíclicas, llámense los Obispos en sus Pastorales, llámase el Clero en su predicación, llámense los laicos en su acción, hablando de problemas sociales, hablando de problemas técnicos, hablando de problemas científicos, en una orientación de esos problemas, en una orientación cristiana de esos problemas, no están creando una visión materialista; están, al contrario, dando un desarrollo del mundo y haciendo posible que la Redención se haga más extensa, más profunda, más real y quitando todos esos óbices que impiden muchas veces que la Redención se realice plenamente, porque muchas veces las deficiencias humanas, la ignorancia, la miseria, etc., hacen imposible que haya ese pleno desarrollo del hombre y con ese pleno desarrollo del

hombre, la plena actuación de la gracia. No quiere decir que no podría Dios en su Gracia tomar a un miserable y santificarlo, eso sería negar la Dios en su gracia tomar a un miserable y santificarlo, eso sería negar la nosotros nos colocamos, debemos querer esa elevación del hombre, no sólo individual, sino que esa promoción social del hombre, para que así viviendo su vida humana en toda su extensión, pueda vivir en toda su profundidad su vida divina. Lo importante es tener clara la orientación de una hacia la otra.

Y respondo, entonces, en concreto: ¿Cuál es la misión del seglar? Tres cosas:

Primero, presencia en el mundo. La oración de Cristo: "No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal". (16). Una presencia que es un deber de estado y una presencia que es una misión apostólica. Es gravísimo mal el que se produce, cuando el hombre quiere por una mal comprendida purificación, apartarse del mundo, con lo cual se aparta de su misión de hombre y se aparta de su deber de estado.

Segundo, presencia activa. Para que las cosas creadas: la materia, las cosas temporales, ciencia, técnica, problemas sociales, etc., alcancen su fin inmediato y así queden abiertos al fin último, disponibles para la acción de la Gracia. Hay una tentación muy fácil entre los católicos, en la cual más de una vez caemos y es saltarnos estos fines inmediatos e ir al fin último. ¿Qué es lo que hace lo cristiano de un almacén? ¿Es el Cristo que está en la puerta, o es la romana y el metro? A mí me parece que lo que lo hace cristiano es que el Kilo tenga 1.000 gramos y el metro 100 cms... Porque si tenemos un santo o una virgen y el metro tiene 98 cms. y el Kilo tiene menos de 1.000 gramos, y esto está dedicado a la Virgen o a algún santo... Pero lo que no se nos pide primero es que alcance su fin inmediato. Porque queriendo alcanzar el fin último, estamos alterando el fin de las cosas creadas. Las mandas a los santos en tiempo de exámenes, después que han flojeado todo el año, ¿creen Uds. que está en el orden de las cosas de Dios? ¿No creen Uds. que mucho más que subir a pie el San Cristóbal vale estudiar todo el año? Es que alteramos el fin. Y esto que aparece así jocoso con dos ejemplos bastante inocentes, podríamos transportarlo a cosas muchísimo más graves y muchísimo más trascendentes, en el orden de los negocios, en el orden de la economía, en el orden de las instituciones. Se bendice la máquina, y la máquina ha sido un elemento de deshumanización. Se bendice la empresa, y me recuerdo de esas palabras terribles de Pío XI: "la materia sale de la fábrica ennoblecida y el obrero sale de la fábrica envilecido". Es fábrica cristiana, hay árbol de Navidad, etc.

Esto es una cosa gravísima. Vemos que hay un falseamiento porque nos olvidamos que las cosas creadas, que las cosas temporales, tienen un fin en sí mismas, y nosotros debemos hacer que alcancen ese fin, y dejarlas así abiertas para elevarlas al fin eterno. Pero a una naturaleza deformada ¿Podemos nosotros elevarla? Y entonces vienen esos terribles escándalos..

La fábrica que bendecimos es, sin embargo, en la que no se cumplen las condiciones fundamentales que respetan al hombre, que respetan la dignidad de la mujer, que respetan las horas de trabajo, etc.

Tercero, presencia evangelizadora, porque nosotros no podemos olvidar que no basta esta acción: el justo salario, las leyes sociales, la higiene de la empresa; se necesita algo más: que los hombres alcancen a Dios. Y

---

(16) *Jn.* 17, 15.

ahí entra la acción evangelizadora, es decir la transmisión del Mensaje. En otras palabras, para decirlo en lenguaje evangélico, para que tengan vida y tengan vida abundante. (17).

Hay dos realidades: la Iglesia y el mundo. La ciudad de Dios y la ciudad temporal. Al cristiano esta realidad se le presenta conjuntamente, porque es ciudadano del mundo y de la ciudad de Dios al mismo tiempo. La Iglesia tiene como misión iniciar al hombre en la vida de la gracia, enseñar la Catequesis, santificar por la acción sacramental, gobernar conduciendo hacia el fin eterno. Es la vida de la comunidad eclesial, que se expresa en su forma más alta y más perfecta en la comunidad eucarística alrededor del altar.

La otra realidad en la cual tiene que vivir el hombre y, de una manera especial el laico, es el mundo; su misión ahí es darle la inspiración cristiana que brota de la comunidad eclesial. Ha de procurarlo haciendo que las causas y las cosas alcancen sus fines próximos y al mismo tiempo se abran para recibir la acción de la gracia.

Entonces viene una pregunta que me parece muy importante responder aquí. Diferencia entre el sacerdote y el laico. Ambos, sacerdotes y laicos, tienen una misión común: edificar el Cuerpo de Cristo, contribuir a la elevación del mundo, pero en forma distinta. Al Sacerdote en la comunidad eclesial le corresponde el papel principal. Al laico le corresponde el papel secundario, es decir, no le corresponde directamente predicar, administrar los sacramentos, etc.; el ministro directo es el sacerdote. Y ahí cabe toda la acción parroquial, en la cual el laico colabora en la construcción de esta comunidad eclesial, que se expresa sobre todo, en la comunidad eucarística. Pero el sacerdote, en cambio, en la inspiración cristiana del mundo, tiene un papel secundario. Es el laico el que está en las realidades temporales y es él quien tiene primeramente que asumir sus responsabilidades que tiene por deber de estado, que le da su misión en las diversas actividades, para darle la inspiración cristiana al mundo. El Sacerdote, en un momento dado podría suplir la falta de laicos, pero si sigue supliendo puede venir lo que se llama el "clericalismo", es decir, que el sacerdote se mete en las cosas que no le corresponden. Creo que los laicos deben tener una conciencia muy clara de esta doble tarea. Hacer que el mundo temporal, el ambiente propio, las condiciones de vida, vayan respondiendo a esa visión, en primer lugar humana, porque sobre una cosa deshumanizada, es muy difícil realizar una obra auténticamente cristianizadora y al mismo tiempo, vivir en la forma más intensa, el misterio de la Iglesia, su lugar en la comunidad eclesial, que no es un lugar secundario.

Puedo decirles que en el Concilio, con el favor de Dios, creo que el lugar de los laicos va a quedar muy bien establecido, porque evidentemente que, por muchas causas que habría que explicar históricamente, en los últimos siglos, el papel del laico como que se había disminuido, y había pasado a ser una cosa excesivamente pasiva. En el Concilio, creo que va a quedar muy clara la misión del laico en la Iglesia en este momento.

---

(17) *Jn.* 10, 10.

## LA COMUNIDAD NACIONAL.

### 1ª SEMANA SOCIAL CHILENA (1) (9-XII-1963)

La comunidad nacional: tal es el tema con que se inscribe esta "Primera Semana Social Chilena".

Ella expresa el anhelo de un pueblo que siente sobre las inevitables diferencias ideológicas, la necesidad de encontrar los grandes cauces comunes donde la cohesión de las voluntades se realiza.

La misión de la comunidad nacional se sitúa más allá del campo siempre agitado y versátil de las querellas políticas, más allá de las diferentes ideologías filosóficas o religiosas que separan a los hombres, más allá de tales o cuales fórmulas económicas o administrativas; ella tiende a darnos una visión de nuestra realidad, una conciencia de nuestro deber y un imperativo a nuestra acción.

Por esto, la "Primera Semana Social" que hoy se inicia, tiene el sentido de un examen y de un llamado.

Es un examen de conciencia ante la visión de una realidad que no podemos eludir y de la cual, todos sin excepción, debemos sentirnos responsables.

No podrá formarse el sentido de comunidad nacional mientras no exista esta visión y responsabilidad comunes, mientras con nuestras mutuas recriminaciones de sector a sector, sea social, político o ideológico, pretenda cada uno evadirse de su deber presente o de su parte de culpa en el pasado.

Es un examen sereno y alto que nos habla de la doble realidad: nuestra potencia y nuestra miseria; que nos señala el rico acervo de virtudes que enaltecen a nuestra raza, y las llagas profundas que la corroen; que nos dice todo el caudal de esperanzas que alientan en nuestro Chile y el conjunto de realidades que lo postra; que nos habla del desarrollo como un imperativo de solidaridad humana y cristiana, y nos muestra el cuadro de pinceladas oscuras de nuestro subdesarrollo; que nos dice, en último término, que los pueblos, como la vieja leyenda oriental reproducida por el teatro francés contemporáneo "cette nuit á Samarcande", (2) tienen una cita con el destino histórico del cual es imposible evadirse.

La Semana Social es un examen de conciencia, pero debe al mismo tiempo ser un llamado.

Más allá de los planes técnicos que no son de mi competencia, es necesario señalar el fundamento espiritual, sin el cual es imposible construir cualquiera comunidad humana, sea nacional, continental o mundial.

Ese llamado nos dice que tenemos que ser la respuesta actualizada y concreta a la voz de los tiempos, a las angustias del mundo, al llamado de nuestros hermanos.

El llamado nos habla de la situación latinoamericana, y con ella de Chile, que se presenta como el alumbramiento difícil y doloroso de una civilización nueva. No podemos considerarlo desde un ángulo puramente negativo, o dejarnos envolver por un pesimismo egoísta.

---

(1) En 1988, año de impresión de este volumen y "Bodas de Plata" de las Semanas Sociales, continúan éstas celebrándose anualmente.

(2) Tr.: "Esta noche en Samarcande".

No estamos aquí para defender situaciones históricas o sociológicamente sobrepasadas, sino para responder y orientar a las grandes inquietudes del pueblo.

El llamado nos pone frente a esas aspiraciones e inquietudes que podemos sintetizarlas en tres:

- valor del hombre;
- sentido humano de la economía;
- visión de una civilización basada no en el “tener más”, sino en el “ser más”.

Ante todo, la afirmación del valor del hombre, de su admirable vocación, de su sublime fundamento de imagen de Dios, de su eminente dignidad de persona.

Pobre o rico, patrón u obrero, creyente o incrédulo, el hombre lleva consigo una dignidad que es menester sea plenamente incorporada en todas las actividades nacionales. Que se de paso al hombre antes que a la abundancia en los bienes materiales, y que se coloquen en todos los campos de la organización económico-social, aquellas estructuras que favorecen al máximo “el desarrollo integral de la personalidad”. (3).

Segunda aspiración, consecuencia lógica de la anterior, es el establecimiento de una economía humana, basada no sólo en el libre juego de las leyes económicas donde, en la selva sucumbe el más débil, sino en la dignidad humana y sobrenatural del trabajo.

Dignidad del trabajo, que en la palabra precisa de la *Mater et Magistra*, hace que sus frutos y derechos pasen *antes* que los frutos y derechos del capital, ya que “procediendo inmediatamente de la persona” hay que anteponerlos a los bienes exteriores, los cuales deben ser considerados como “simples instrumentos”. Lo contrario, afirmaba Pío XII, es un “estado antinatural”. (4).

Todos los materialismos, vengan de donde vinieren, que ponen la felicidad humana sólo en un progreso material, olvidando las profundas aspiraciones del corazón humano, tienden fatalmente a crear aquellos “esclavos técnicos” de que nos hablaba Gheorghiu (5) en su *Hora Veinticinco* (6).

A la desesperación y a la angustia, a la percepción de la vida como absurda, a los proyectos aventureros de realización de sí mismo y de contraste contra los otros para arrancar a la desesperación, a las opresiones del hombre sobre el hombre, hay que oponer la visión de una sociedad donde esas grandes aspiraciones *a ser más* encuentren realización y cabida.

Y eso exige, igualmente, comprender que la grandeza del hombre no radica ni en la sangre, el poder o el dinero, sino en la capacidad de servicio de los demás en las comunidades a las cuales pertenece. De ahí que el hombre más grande sea aquél que es mejor servidor de sus hermanos.

Y esto exige precisar varios puntos:

- 1) su base ideológica,
- 2) su finalidad y
- 3) sus componentes.

---

(3) *Mater et Magistra*.

(4) 15-XI-1946.

(5) Gheorghiu, Constantin Virgil: literato rumano, nacido el 15-IX-1916; que vivió parte importante de su vida en París.

(6) *Hora Veinticinco*: B. Aires, Ed-Enrecé, 1950. (Prefacio de Gabriel Marcel).

## 1) Base ideológica

El pensamiento que la inspira, es el de la doctrina social de la Iglesia. Desde la venida de Cristo, el pensamiento cristiano ha dado su juicio sobre los problemas del mundo.

El Cristianismo es el diálogo continuado del hombre con Dios, de las realidades terrestres con las divinas.

La doctrina social de la Iglesia no es sino un aspecto particular de ese diálogo.

Como lo declara con precisión el Directorio Pastoral del Episcopado Francés:

“La doctrina social de la Iglesia, no es otra cosa que el Decálogo y el Evangelio aplicados por Ella a las diferentes épocas sociológicas, y a las diversas situaciones sociales. Ella no está por tanto ligada a ningún régimen económico o político, aún cuando pueda rechazar todo lo que fuera esencialmente opuesto a la fe católica y al derecho natural”. (7).

Cristo vino a instaurar en El todas las cosas. Es el Señor. Pero al mismo tiempo rechazó sistemáticamente toda dominación terrestre. (8).

La Iglesia continúa la obra de Cristo. Su competencia es universal, pero no de dominio o poderío humano. Ella se sitúa eminentemente en una misión educadora, es decir, moral, espiritual y religiosa.

Dicha misión se extiende a todos los problemas que dicen relación con el hombre, a fin de permitir a cada cristiano poner todo el Evangelio en toda su vida.

Para el Cristianismo no hay zonas neutras. El testimonio es la expresión viviente de una fe y en consecuencia abarca toda la vida.

De ahí la competencia de la Iglesia en relación a lo temporal.

Al hablar de los problemas sociales, al formar la conciencia frente a ellos, al educar a la sensibilidad social, al enunciar y elaborar en forma cada vez más precisa y concreta su doctrina social, la Iglesia no se está mezclando indebidamente en asuntos que no le conciernen, sino que está realizando su sublime misión de educadora; Madre que engendra hijos a la vida sobrenatural, y Maestra que los adoctrina, a fin de darles una visión completa de la vida: la terrestre y la eterna.

Dejemos de una vez para siempre el falso y peligroso argumento —si tal puede llamarse— de decir que cuando la Iglesia cumple el deber de enseñar su doctrina social “necesaria y obligatoria”, según las palabras de Pío XII, se está mezclando indebidamente en el turbulento campo de las cosas contingentes o partidistas.

La doctrina social es patrimonio de todos y deber de todos.

Y la Iglesia, al urgirle, no está haciendo otra cosa que ejercer el Magisterio que su Fundador le ha confiado. Los Obispos nos debemos a la predicación de la verdad y no podemos silenciarla vencidos ni por la alabanza o por el miedo. (9).

“Con suprema energía, decía Pío XII, la Iglesia libraré esta batalla en la cual están en juego los valores supremos; la dignidad del hombre y la salvación eterna de las almas”. (10).

(7) *Directoire*-1954.

(8) Cfr. Pío XI, Encicl. *Quas Primas*.

(9) Cfr. Ritual de la Consagración de los Obispos.

(10) 10-IX-1952.

2) En segundo lugar, esta Semana tiende a recordarnos el valor de lo temporal. Es su finalidad suprema.

Se ha dicho, con razón, que el laico es aquel que toma en serio lo temporal.

Lo temporal tiene un valor propio, y es a través de él como se cumple en forma consciente el deber de colaborar al bien común. Hay que ser cada vez más sensibles a todos los valores humanos con los cuales se construye en el tiempo el reino de Dios. Hay que estar atentos a la presencia activa del Espíritu en medio del mundo, para escuchar su voz inefable, hay que pensar que el orden de la Creación tiene como principio "la prima sapienza e il primo amore" (11) y en cada ser creado existe encendida una chispa divina.

Así como es un peligro que lleva al naturalismo, el desconectar la doctrina social del evangelio, así también lo es, en forma más sutil, el querer presentar el mensaje evangélico desconectado de la realidad temporal.

Hay que cuidarse de los falsos espiritualismos que tratan de oponer la acción social y la acción evangelizadora; que vienen a decirnos que la Iglesia al poner acento en lo social se está apartando de la misión que Cristo le ha confiado; que quieren llevarnos a un cristianismo desencarnado que no responde ni al Evangelio, ni a la liturgia, ni a la más auténtica tradición de la Iglesia.

Hay que proclamar la Buena Nueva en plena vida humana.

Hay que contemplar las realidades terrestres con una mirada espiritualizada, la que lejos de apartar al laico de sus actividades temporales, o de perjudicar a la eficacia verdadera de su acción, lo ayudará poderosamente a asumir sus responsabilidades de ciudadano del mundo, constructor a la vez de la ciudad temporal y de la eterna.

Cuando apareció la *Mater et Magistra*, un autor de tanto prestigio como el P. Villain (12) la llamó "la Encíclica del humanismo social, de la esperanza y del universalismo cristiano".

¿No es esa la visión de lo temporal que esta Semana debe entregarnos?

3) Por último, quiero recordar aquí a quién se dirige esta Semana.

Si bien ella se ha inspirado en la doctrina social de la Iglesia, ella está abierta a todos los hombres de buena voluntad. Sus líneas doctrinales pertenecen, sobre todo, al campo del derecho natural. Tiene al hombre como base y al bien común como término. Repite una vez más la antigua frase de Tertuliano: "Nada de lo que es humano reputo extraño a mí".

"La Iglesia reconoce de buen grado, ha dicho Pío XII, las realidades buenas y grandes, aún si existían antes de Ella o no le pertenecen directamente". (13).

¿Acaso Juan XXIII no elogia a la FAO (14) en la *Mater et Magistra*? ¿Y no puso entre "los signos de los tiempo" en la cuarta parte de la *Pacem in Terris*, la fundación de la ONU y la declaración universal de los derechos del hombre?

Esta Semana Social, precisamente porque inspirada en un doble sentido evangélico y humano, tiene la inmensa apertura del amor.

---

(11) Tr.: "la primera sabiduría y el primer amor".

(12) Villain, Jean, S. J. ex Director de *Etudes*, de la *Action Populaire* y del *Institut d'Etudes Sociales*.

(13) 7-IX-1955.

(14) FAO: Organización de las Naciones Unidas para la agricultura y la alimentación.

Ella llama a todos los chilenos a construir una comunidad nacional donde los intereses mezquinos cedan el paso a los grandes ideales, donde las divisiones intestinas desaparezcan en la búsqueda afanosa del bien común, donde las visiones pequeñas y parciales se abran ante los signos de los tiempos que nos anuncian una nueva era que nace, un nuevo orden social que se gesta y una vuelta decisiva del curso de la historia.

Y para que sea sólida y duradera esa comunidad nacional, la proyectaremos en el testamento que Juan XXIII nos legara, la *Pacem in Terris*. Ella será base y coronamiento de estos anhelos comunes.

El Cardenal Suenens, al presentar la Encíclica a la ONU, la llamó la "sinfonía de la paz".

Comparándola a la Novena Sinfonía de Beethoven, hizo ver cómo se encuentra en ella un tema fundamental, cuatro movimientos y un final. El tema que volverá como un "leitmotiv" (15) hasta nueve veces y que será desarrollado particularmente en la tercera parte, se encierra en estas palabras:

La paz entre los pueblos exige:

- la verdad como fundamento,
- la justicia como regla,
- el amor como motor, y
- la libertad como clima.

Este tema está subyacente en cada una de las secciones que forman como los cuatro movimientos de la sinfonía, y que fijan las leyes mayores que la rigen: la paz en la armonía de las personas entre ellas; la paz en la armonía entre las personas y las comunidades políticas; la paz en la armonía de las personas y de los grupos políticos con la comunidad humana.

Es la sinfonía de la paz en la comunidad nacional que debe resonar en esta hora.

Mis amigos:

Gracias por haberme distinguido al invitarme a hablaros.

Gracias por el consuelo que me daís al ver, después de una larga y áspera jornada, que no se ha sembrado y sufrido en vano por estos mismos ideales que ahora propugnáis.

Gracias, porque estáis diciendo a Chile, que más allá de las divisiones pequeñas hay una visión de comunidad nacional que quiere estrechar a todos los chilenos.

Gracias, porque estáis ejecutando con el aire y la letra de Juan XXIII la maravillosa sinfonía de la paz.

Que sus notas no se apaguen. E impulsados por ella, la comunidad nacional chilena siga buscando los derroteros de la paz en la justicia, de la libertad en la verdad, y, sobre todo, de la comunión en el amor, que al decir de Alighieri mueve el sol y las estrellas; "amor chi muove il sole el le altre stelle".

---

(15) Tr.: "motivo conductor" (del alemán). En música es el tema que reaparece frecuentemente en una partitura, asociada a una idea o un personaje.

## EL CRISTIANISMO Y EL MOVIMIENTO OBRERO PALABRAS A LOS TRABAJADORES DE SEWEL (1)

Sean mis primeras palabras de saludo.

No sin emoción os hablo, empleados y obreros de Sewel.

Tengo ante mí las fuerzas que representan al genuino mundo del trabajo.

Sé que hay inquietudes profundas en vuestras mentes y sincero anhelo de justicia en vuestros espíritus.

No os traigo, en consecuencia, un discurso, sino una respuesta a vuestras aspiraciones más elevadas, más humanas y más universales.

Yo no puedo olvidar que en una noche serena se anunció hace 2.000 años la paz para los hombres, como vosotros, de buena voluntad y por eso os hablo con franqueza. Porque comprendo que el que habla con sinceridad, como lo hago, va a ser escuchado. Y el que pone en sus palabras corazón, como lo pongo, va a ser comprendido.

Y por esto también, sin artificios, ni alagos, sintiendo la corriente de visible comprensión que nos estrecha, os digo desde este instante: amigos.

El tema que voy a desarrollar, mejor dicho a esbosar, será el siguiente: Cristianismo y Aspiraciones Sociales.

Y ante todo, coloquémosnos en la realidad social de nuestros tiempos.

El que quiera comprender el mundo moderno y adivinar el mundo futuro, tiene que enfrentarse ante el hecho decisivo de nuestros tiempos: el movimiento obrero.

No se trata ni de una agitación contemporánea, ni de un fenómeno pasajero, ni de un simple hecho económico; es algo mucho más hondo y trascendental. El mundo obrero comprende su importancia en la hora actual y quiere ocupar el puesto que en la futura organización del mundo le corresponde.

El proletariado ha tomado conciencia de su misión histórica. No le basta con la simple asistencia social. Quiere ser incorporado, asociado, a los destinos futuros de la humanidad.

Para esto, el movimiento obrero busca estructuras donde en formas más justas se distribuyan las cargas y los bienes.

Hay en el fondo de este movimiento, la reacción del proletariado ante su propia miseria y hay, aunque muchas veces confusos, un ideal de justicia que se busca, un ansia de liberación que se expresa, un anhelo de un auténtico orden social que se entrevé posible.

Como todo movimiento, donde pasiones e ideas se confunden, muchas veces se entremezclan en él violencia, desviaciones y excesos que podrían, al desviarse, preparar sin quererlo, vías peores para el mismo mundo obrero que se pretende sanar.

Hay quienes sólo ven estos peligros y miran el problema obrero únicamente desde el ángulo de las amenazas del extremismo, creyendo posible detener el movimiento o adormecerlo con medidas que sólo reparan exteriormente el mal sin remediarlo.

Es necesario, en cambio, tomar conciencia del verdadero alcance y sentido del problema y saber distinguir, aún en medio de esas mismas des-

---

(1) Manuscrito sin título ni fecha.

vitaciones y excesos, las aspiraciones justificadas de los trabajadores a una vida verdaderamente humana y la responsabilidad de aquéllos que debieran haberle traído desde hace mucho tiempo una respuesta satisfactoria a sus inquietudes y anhelos.

El Cristianismo no podía cerrar los ojos al problema máximo de nuestros días.

Toda su historia se encierra en una continua lucha contra todos los materialismos que esclavizan y oprimen.

Dondequiera que encuentra un anhelo de justicia verdadero sabe, que allí se encuentra el eco de una bienaventuranza divina.

Sabe también que jamás podrá fructificar el grano de la verdad evangélica, ahí donde la dignidad de la persona, de la familia, del trabajo y de la vida de las masas obreras no son plenamente respetadas.

Y por esto la posición cristiana ante el movimiento obrero se ha definido.

No ha sido un oportunismo como algunos han dicho, sino la continuación de una línea que partiendo del Evangelio llega hasta nuestra edad.

La Iglesia ha hablado en materia social, no tan sólo para recordar principios teóricos, sino para dirigir soluciones prácticas.

No sólo para condenar errores, sino para señalar reformas.

No sólo para conservar los principios esenciales de una civilización humana y cristiana, sino para promover la restauración de un orden social que reemplace al actual, con el cual Ella jamás ha podido sentirse solidaria.

La Iglesia, lejos de mirar con temor el movimiento, lo contempla con afectuosa simpatía. Comprende los peligros que encierra si se desvía hacia metas violentas e inhumanas, pues Ella que ha visto nacer civilizaciones, comprende también que la gran tarea de esta hora es la de favorecer el advenimiento del proletariado ayudándolo a alcanzar en un orden humano, aquella redención a que tiene derecho y aquella misión histórica a que está llamado.

El advenimiento del proletariado es un hecho.

Depende de la orientación que tome el si logrará ser una ascensión progresiva y segura o un hervidero destructor de los más altos valores morales.

La Iglesia es Madre y no olvida que no es ni con represión violenta ni con desprecios de sus valores como el proletariado encontrará el verdadero camino de su revolución.

Ella comprende que comprendiéndolo siempre, reprochándole constantemente su inexperiencia, negándole la posibilidad de algunos fracasos, se arroja al proletariado en una desesperación cada vez más grande y se le conduce fatalmente a las reacciones ciegas, apasionadas y excesivas.

Por eso está junto a él en esta hora con una decidida voluntad realizadora. Por eso sin temor a las críticas ni a las incomprendiones, ni a los juicios desfavorables, ha repetido a los cristianos la urgencia y la obligación de su deber social.

Y este deber es, como os decía al comenzar, la satisfacción de las grandes aspiraciones sociales de nuestra edad.

En primer lugar aspiración a la justicia.

El mundo actual en medio de sus agitaciones busca apasionadamente el establecimiento de una mayor justicia aquí en la tierra.

Existe un sufrimiento latente, un ansia de liberación y de grandeza; la conciencia, a veces confusa, que un orden social más justo es posible.

El orden social actual no responde al ideal cristiano.

La Iglesia no se hace solidaria con él.

Si condenó al comunismo por su materialismo ateo, está muy lejos de ponerse de parte del régimen capitalista.

Es necesario saber bien, acaban de decir los Cardenales franceses, que en la noción misma del capitalismo, o sea, en el valor que se confiere a la propiedad sin referencia al bien común ni a la dignidad del trabajo, existe un materialismo rechazado por la enseñanza cristiana.

“La condición de los obreros en el régimen actual del trabajo no es justa”.

Como también es injusta la condición de los obreros en el régimen comunista, que concentra en manos de un Estado omnipotente los privilegios que arrebató al capitalismo privado. “El hombre, añaden, los cardenales franceses, no puede ser un instrumento al provecho ni al servicio de intereses creados ni al servicio del Estado. Debe gozar de su libertad personal, debe ser respetada su dignidad de trabajador y disponer de una parte justa de la prosperidad a cuya creación contribuyó.

No sólo para defender los principios esenciales de una civilización cristiana sino para reponer a los que han sido olvidados o pospuestos.

Y esa posición se condensa en una frase: el proletariado debe ser redimido.

Es una posición de afectuosa simpatía, de honda comprensión, de decidida voluntad realizadora la que anima la auténtica posición cristiana ante el movimiento obrero y es ella la que en esta tarde trato de precisar y definir ante vosotros.

La posición cristiana ante el movimiento obrero, tiene una doble medida; en profundidad, para estudiar sus causas, y en altura para conocer sus... (2).

Con valentía afirmaremos que es inútil pretender sanar males profundos con remedios superficiales.

---

(2) Texto poco inteligible.

## EL SUBDESARROLLO

### LAS TRES HAMBRES (1)

*En la evolución del mundo contemporánea, ¿qué alcance cabe darle al subdesarrollo?*

Respuesta: Cuando se evoca la gran amenaza contra la paz, muchos piensan de inmediato en la bomba atómica. Es verdad. La amenaza de las armas nucleares es algo inmediato y permanente para toda la humanidad. Pero, hay una amenaza también inmediata, también permanente, y, a mi juicio, aún más grave que la bomba atómica, esto es el subdesarrollo material y espiritual de los pueblos que forman lo que se llama el Tercer Mundo.

Para ellos, el subdesarrollo, es la guerra, para hoy o para mañana. La miseria de los dos tercios de la humanidad y su creciente desigualdad con las naciones privilegiadas, conducen fatalmente a tensiones y revueltas que engendran los conflictos locales y mundiales.

No caigamos en la puerilidad de explicar la agitación de continentes enteros por causas superficiales. Vayamos a la raíz del mal, y veremos que esa raíz se llama subdesarrollo.

Pregunta: ¿Qué es necesario considerar en el subdesarrollo?

Respuesta: El hambre y la enfermedad son las manifestaciones inmediatamente perceptibles. Pero es necesario notar que la privación material no es el único mal producido por el subdesarrollo. Aún cuando la situación a este respecto sea muy diferente de una región a otra, se puede decir que existe un hambre intelectual y cultural.

El analfabetismo está muy extendido. Falta en grandes sectores de población aquel mínimo de conocimiento que el hombre necesita no sólo para (2) enriquecer su personalidad, sino para participar en la vida de su comunidad como conviene a un ser libre.

La enseñanza en los diversos grados es en casi todos los países, insuficiente en cantidad.

Pero junto a esa hambre de cultura, está el hambre espiritual. Se hace cruelmente sentir de un extremo a otro del mundo desequilibrado por la rápida extensión de la técnica. En América Latina, el hambre espiritual es particularmente aguda. De todas las regiones en donde el cristianismo es religión dominante, es en esta parte del mundo donde los sacerdotes son menos numerosos en relación con la población. Cuántos millones de hombres tienen escasas ocasiones de oír el anuncio del Evangelio y conocer el sublime destino a que Dios los ha llamado.

¡Cuántos tienen inmensas dificultades para acercarse en forma regular a los sacramentos!

Pregunta: *¿No son las necesidades materiales las que primero hay que asegurar?*

Respuesta: Es cierto. Pero no son las únicas. El desarrollo es un humanismo. Debe responder a la triple hambre: física, cultural y espiritual que atormenta al hombre individual y a la sociedad moderna.

(1) *Informations Catholiques Internationales*, 1965. Entrevista traducida por *Fundación Manuel Larrain*, 22-VI-1970, p. 17-22.

(2) Más fiel al texto francés: "no sólo para mejorar su condición material, sino para enriquecer su personalidad y participar...".

"No se trata sólo de tener más sino de ser más". Promover al hombre y a todos los hombres es lo que confiere al desarrollo su dimensión, su sentido y su finalidad. Los modelos técnicos del desarrollo pueden ser diferentes. Sería sorprendente el que existiera uno solo. Sin embargo, todos deben reflejar una imagen común del hombre, de la sociedad y de la comunidad de naturaleza y destino de la humanidad.

El crecimiento económico con el cual debemos comprometernos urgentemente, tiene una dimensión espiritual que nunca debemos perder de vista.

El Cristianismo da al desarrollo su finalidad ultraterrena y eterna, conduciéndolo a la grande y definitiva Historia de la Salvación.

El le da un polo, una dirección, un motor: el Amor que es el verdadero fundamento de la Historia humana.

El le da un modelo: Cristo, Hombre perfecto. Verdadero Dios y verdadero hombre.

El le conduce a Cristo Total hacia el cual la humanidad redimida va en marcha.

Pregunta: *¿Qué pueden hacer los cristianos para favorecer este desarrollo humanista del cual Ud. está hablando?*

Respuesta: Es impensable, al presente, contentarse con pequeñas recetas. Hay que optar resueltamente por acciones de conjunto, y acciones que tengan inspiración cristiana.

La Iglesia, por su esencia misma, es comunidad. La etimología de su nombre lo indica. Ofrece un espíritu expresado en la palabra de San Pablo a los Gálatas: "no hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús". (3).

Esa unidad, porque es humana, debe expresarse, no tan sólo en lo espiritual, no tan sólo en el individuo, sino en la sociedad, no tan sólo en el plan regional, sino también en el internacional.

Pregunta: *¿Ve Ud. en este esfuerzo de conjunto, un problema que se plantea a los países más favorecidos?*

Respuesta: El verdadero problema para los países desarrollados no es reducir sus inversiones indispensables, sino suprimir los despilfarros. Y el primer despilfarro es la carrera armamentista que absorbe sumas realmente increíbles.

"Desarmar para desarrollar", tal es, podemos decir, el grito lanzado por Paulo VI el 4 de diciembre de 1964 en Bombay. El Papa hizo ahí una proposición concreta para detener la carrera armamentista y para ayudar a los países pobres.

"La carrera armamentista y consagrar sus recursos y energías a la asistencia fraterna a los países en vías de desarrollo". (4).

Ningún hombre de buena voluntad —y con mayor razón cristiano— tiene el derecho de hacer de la ayuda al "Tercer Mundo" una "materia de elección". La solidaridad crea entre las naciones, derechos y deberes recíprocos.

Rehusar la cooperación es rechazar la historia.

"No hay una ley evangélica de caridad para el hombre en particular y otra distinta para los Estados y naciones que a la postre no son sino la reunión de los distintos individuos". (5)

(3) Ga. 3, 28.

(4) En esta cita retocamos la traducción.

(5) Benedicto XV en 1920, retomado por Juan XXIII, en *Pacem in Terris*.

Digámoslo con energía, el subdesarrollo es un mal, y debe ser condenado como tal. Mantiene al hombre en un estado de miseria que puede calificarse de subhumano. Impide al hombre realizar su verdadera vocación humana. Si para todos el subdesarrollo es una injuria a la dignidad humana, para los cristianos constituye una ofensa a Dios, porque el Hombre ha sido creado a su semejanza.



Mons. Manuel Larraín, frente al Obispado de Talca.  
Además, los obispos Manuel Menchaca, Jorge Larraín, Alfredo Silva, José M. Caro, Eduardo Larraín, Mons. Lombardi (Representante de la Sta. Sede), sacerdotes y laicos representativos de Talca.

*Pregunta: ¿Qué es lo que espera de cada uno de nosotros?*

*Respuesta: Mientras la miseria sea solamente un escándalo para el corazón y no para la inteligencia, no podremos hacer gran cosa para combatirla. (6).*

Debe quedar muy en claro para los ricos en bienes o para los que poseen la decisión en las empresas e instituciones, cualquiera sea su religión, que si la miseria es un mal insoportable para los que la sufren, debe ser igualmente insoportable para la conciencia de todos los hombres.

Los que están unidos por los lazos misteriosos y sagrados del Bautismo y de la Eucaristía, los que invocan a un Padre común de los cielos, los que luchan por un mundo más justo y más feliz, superando divisiones, deben unirse en la tarea común de construir un mundo donde la dignidad del hombre y sus derechos fundamentales sean respetados, donde la triple hambre material, intelectual y espiritual sea saciada y donde el desarrollo integral del hombre prepare los caminos de la paz.

---

(6) Retocamos la traducción en las últimas dos líneas.